ARTURO VAN DEN EYNDE
(*Aníbal Ramos*)

SIN MURO

Escritos de un revolucionario

En memoria 1945-2003

Edición a cargo de ***Miguel Salas***
Diseño de ***Arnal Ballester***
Maquetación de ***Antonio Ruiz***
Editado por ***Fundación Socialismo sin Fronteras***
Barcelona, 2019

ARTURO VAN DEN EYNDE (***Aníbal Ramos***)

SIN MURO

Escritos de un revolucionario

En memoria 1945-2003

Socialismo sin Fronteras
Fundación

Arturo Van den Eynde,
un marxista revolucionario
(1945-2003)

El lector tiene en sus manos una recopilación de escritos de Arturo Van den Eynde, también conocido como *Aníbal Ramos*. Para muchas personas este nombre quizás les resulte desconocido. Arturo fue un revolucionario que dedicó su vida a la lucha contra el franquismo y contra el capitalismo, para ayudar a las clases trabajadoras a su liberación. Las movilizaciones obreras y populares de los últimos años del franquismo y tras la muerte del dictador lograron las conquistas democráticas y sociales que el pacto de la Transición reorientó hacia el mantenimiento de la Monarquía y las limitaciones de la Constitución que ahora son bien evidentes.

Ese pacto también ahogó muchas voces críticas y revolucionarias que lo denunciaron y, en cambio, dio rienda suelta a quienes, incluso desde la izquierda, se supeditaron a los intereses de las clases dominantes. Una de esas voces críticas fue Arturo.

Nació en Santander en 1945 y falleció en Barcelona en marzo del 2003, cuando solo tenía 57 años. De joven se trasladó a estudiar a Barcelona y enseguida empezó a participar en los movimientos estudiantiles que luchaban contra el franquismo. Cuando pusieron en pie el Sindicato Democrático de Estudiantes allí se encontraba representando a los estudiantes de la Facultad de Arquitectura en la que estudiaba. Esa experiencia animó a muchos estudiantes a participar en

la lucha política contra el franquismo. Arturo se integró en el FLP (Frente de Liberación Popular) una organización creada a imagen de los movimientos anticolonialistas de la época, y posteriormente en lo que se llamó el grupo Comunismo, del que surgirían las distintas tendencias que se reclamaron del trotsquismo (POR, actualmente La Aurora, y LCR). Desde ese momento su vida estuvo ligada a la construcción de un partido obrero revolucionario, de un movimiento político que preparara y organizara la lucha contra el capitalismo.

En 1974 fue uno de los fundadores del PORE (que posteriormente se denominaría POR). Se acercaba el fin del franquismo y el movimiento obrero y la juventud buscaba salidas políticas y sociales a cuarenta años de dictadura. Los que con él participaron en esa tarea se fijaron la tarea de "convertir el fin del franquismo en el inicio de la revolución proletaria". No pudo lograrse y se impuso una transición pactada entre los continuadores del franquismo y los dirigentes del PSOE y del PCE, dejando sin resolver buena parte de los problemas políticos y sociales que todavía se arrastran en la sociedad española.

La historia del POR y su revista *La Aurora* están íntimamente ligadas a él. Más concretamente, es imposible imaginarlas sin sus aportaciones teóricas, políticas y prácticas. Ante todo, Arturo fue un **marxista revolucionario**, una de esas personas que con abnegación y entusiasmo se formó en la ciencia marxista, no sólo para entender o interpretar esta sociedad sino para transformarla. Por eso mismo era todo lo contrario a un dogmático. Se podía estar de acuerdo o no con él, pero siempre escuchaba, siempre estaba dispuesto a incorporar nuevas apreciaciones y esa amplitud de miras la combinaba con una enorme firmeza a la hora de defender sus convicciones. Es así que impregnó al POR y a sus militantes de una gran convicción en los principios de la lucha por la **revolución socialista**, unidos a la capacidad para

defenderlos en movimientos políticos o sociales más amplios. Por esa razón participó en la fundación de Esquerra Unida i Alternativa (EUiA) y formó parte de su equipo directivo hasta su fallecimiento.

Ni el marxismo ni la lucha por el socialismo eran para él frases huecas, sino su manera de aportar su trabajo para el avance del movimiento obrero. Porque Arturo podía escribir un libro sobre la globalización capitalista, un interesante artículo de actualidad, preparar un seminario de formación marxista para jóvenes y, al mismo tiempo, verlo con el megáfono en mano agitando en una manifestación, vendiendo el periódico *La Aurora*, pintando una pancarta, repartiendo octavillas a la puerta de una fábrica o a la salida de una estación de metro. No había para él separación entre trabajo teórico y práctico.

Siempre estuvo en primera fila en la lucha contra las perversiones en el movimiento obrero. La **degeneración estalinista** era para él la peor. A principios de los años 70 entró en contacto con el trotsquismo francés y con grupos de militantes trotsquistas de Polonia, Hungría y Checoslovaquia, con gente que había luchado en su propio terreno contra la burocracia estalinista. A través de ellos se empapó de la importancia de liberar al movimiento obrero de esa degeneración. Saludaba con entusiasmo todo paso de los trabajadores en la exURSS y los Países del Este. Ayudó activamente a los trotsquistas polacos en la revolución de Solidarnosc y cuando era evidente que la burocracia de Moscú ya no podía durar mucho empezó a estudiar ruso para poder conocer las opiniones de los marxistas rusos e intercambiar opiniones con ellos. Para él, la caída de la burocracia no era el fracaso del socialismo sino una nueva etapa de la lucha de clases que permitiría liberar nuevas fuerzas. La revista electrónica *Sin Muro,* que dirigió personalmente, debe su nombre a esa preocupación. *Sin Muro* quiere decir que el marxismo y la lucha por el socialismo deberían desarrollarse liberados del peso de la degeneración

estalinista. La realidad ha sido mucho más compleja de lo que podía preverse y la regeneración del movimiento obrero y del marxismo está siendo un camino tortuoso.

En numerosas ocasiones expresó que lo que más le gustaba era escribir. Siempre se preocupó de todos los aspectos que tuvieran que ver con la buena propaganda: pensada para trabajadores y jóvenes; informativa y al mismo tiempo rigurosa; moderna en su presentación y dedicada a transmitir y enseñar marxismo a través de la experiencia del movimiento de la clase trabajadora.

No es exagerado decir que Arturo era una de las personas que mejor conocían el marxismo en el Estado español. Sus libros pueden confirmarlo. En 1980 publicó *Anticarrillo* para combatir la Unión Sagrada de los dirigentes del PCE con los continuadores del franquismo. En 1984 publicó *Ensayo General* un balance de la Transición (cuya relectura puede aportar valiosas reflexiones sobre el debate actual de la crisis del régimen del 78, al margen de polémicas de la época). En 1998 publicó en catalán un *Pequeño vocabulario político de marxismo* y en 1999 su importante aportación al análisis de la globalización, *Globalización. La dictadura mundial de 200 empresas*. Además de centenares de artículos de reflexión política, de análisis histórico, de debate político... algunos de los cuales presentamos en este volumen.

Su última actividad militante fue la participación en el movimiento antiglobalización y su presencia en el Foro de Porto Alegre. Allí recibió el primer aviso de su enfermedad. Al volver a Barcelona fue operado de urgencia y ya no logró recuperarse. Su estancia en Porto Alegre tenía un doble sentido: participar activamente en los debates y en los trabajos del movimiento antiglobalización, de un movimiento que anunciaba nuevas y enormes posibilidades de lucha

internacional contra el capitalismo, y establecer los vínculos entre ese movimiento y revolucionarios y revolucionarias de otros países.

Desde principios de los años 70 su relación con el movimiento trotsquista estuvo íntimamente ligada a poner en pie una Internacional. No podía entender la lucha por el socialismo sin ese contenido internacional y de relación con los revolucionarios de otras partes del mundo. Un compañero de lucha escribió al conocer su muerte: "Le conocí como militante y más allá de las discusiones y discrepancias aprendí a conocer su profunda sinceridad y su honradez intelectual. Rompía con toda "tradición" de los sectarios y retorcidos. Llamaba al pan, pan y al vino, vino, pero también sabía ser el más fraternal del mundo". Así era Arturo.

A diferencia de los actuales superpersonalismos en las direcciones políticas, cultivó el debate y la decisión colectiva y evitó como ninguno cualquier atisbo de culto personal. Fue ejemplar su dedicación y entusiasmo a la causa militante y su humildad en la vida cotidiana, intentando siempre vivir como un trabajador. Durante muchos años vivió con el escaso sueldo que le pagaba el POR. Fue él mismo quien propuso su sustitución como responsable del POR sabiendo que eso le obligaba a buscar trabajo a una edad en la que no era fácil encontrarlo. Volvió a trabajar como arquitecto para poder ganarse la vida, pero ni siquiera su trabajo profesional mermó su dedicación a la actividad política. Compaginaba su papel en la dirección de EUiA (Esquerra Unida i Alternativa) con sus responsabilidades en el POR y particularmente en el trabajo de la Internacional. Era, ante todo, un revolucionario.

Esta selección de escritos no es un material para entendidos, ni un recuerdo del pasado, sino que se ocupa de problemas de completa actualidad: el análisis de la globalización y las políticas neoliberales; la importancia de las migraciones; la

cuestión del derecho de autodeterminación de los pequeños pueblos, el balance del fracaso de la burocracia de la exURSS, la necesidad de actualizar el marxismo y, finalmente, unas Tesis sobre el balance de la Transición y las perspectivas políticas en el Estado español. Esperamos que sean útiles para todas y todos los lectores, que sirvan de herramienta para interpretar los problemas actuales y permitan reivindicar a las y los revolucionarios que, como Arturo, dedicaron su vida a la lucha por la emancipación de las clases trabajadoras.

Nueva etapa para el marxismo

◆

Propósito

***(Sin Muro.** Septiembre 2001)*

La revista electrónica Sin Muro *fue una de las últimas apuestas editoriales de Arturo. Siempre quiso que se le considerara como un propagador de ideas y dedicó enormes esfuerzos a que la propaganda y la literatura del POR fuera de calidad. El hundimiento de la burocracia de la URSS y la caída del Muro de Berlín exigía de los revolucionarios un esfuerzo teórico para reflexionar y poner al día el marxismo embrutecido por el estalinismo. Eso es lo que pretendió con* Sin Muro, *que debe entenderse como libre de las imposiciones ajenas, abierto a la colaboración de los marxistas y a la actualización de la teoría y práctica del marxismo como instrumento para la acción emancipadora de la clase trabajadora.*

La renovación del marxismo revolucionario es una tarea que cada vez reclama más atención de los activistas, grupos y partidos que están luchando para asegurar una hegemonía obrera en los movimientos de oposición, de resistencia, reformistas o revolucionarios de nuestro tiempo. El éxito relativo de las campañas de denuncia de la globalización capitalista también ayuda a una puesta al día del marxismo o una vuelta a su espíritu revolucionario y práctico.

Renovar el marxismo es una tarea colectiva: no hay partido ni tendencia en condiciones de realizarla solo; implica en distintos grados a todo el movimiento obrero de la época, a todo lo que hay en él de más vivo. Pero el sectarismo frena la socialización del esfuerzo, y por tanto frena la renovación del marxismo. El sectarismo es un muro todavía por derribar, aunque haya quedado muy maltrecho después que cayese el de Berlín.

Nuestro propósito es ambicioso: compartimos esta intención colectiva. Pero es también modesto: sabemos la parte que nos toca. Queremos contribuir a renovar el marxismo, empezando desde abajo, es decir, contrastando las herramientas "tradicionales" del marxismo revolucionario, que nos siguen pareciendo el primer punto de apoyo, con las tareas políticas más nuevas. *Sin Muro,* es nuestro lema. Sabemos positivamente que el Muro de Berlín fue derribado por el pueblo y que el pueblo no lo echa en falta. Nosotros todavía menos.

El marxismo "protegido" por el Muro no valía gran cosa: era el subproducto burocrático de una revolución socialista que se pudría en un largo callejón sin salida. Viendo las cosas con perspectiva histórica, hacía falta que cayese el Muro de Berlín para que el movimiento obrero tomase conciencia de las transformaciones del capitalismo, y de la total bancarrota del estalinismo y de sus creaciones y criaturas. No miramos atrás: que los muertos entierren a los muertos. Del marxismo nos interesa rescatar y desarrollar su parte viva, aquella que se ve proyectada por el curso actual de la lucha de clases, cuyas dos grandes referencias son la globalización capitalista y la bancarrota soviética.

La Globalización y sus efectos

El poder de las multinacionales

(Globalització. La dictadura mundial de 200 empreses. *Edicions de 1984, 1999****)***

En 1999, Arturo publicaba en catalán el libro Globalització. La dictadura mundial de 200 empreses *(Edicions de 1984). El término globalización está ahora bastante aceptado, aunque sigue siendo polémica su interpretación. Algunos pensaban que representaba una superación de las crisis sistémicas típicas del capitalismo, pero la crisis del 2008 echó por tierra todas las ilusiones. Al contrario, la globalización, en la medida que significa una aún mayor concentración del poder en pocas manos y en pocos países, agudiza las contradicciones y prepara nuevas y más profundas crisis. La actual está representando unos ataques durísimos a las condiciones de vida y de derechos de las clases trabajadoras. Su método de análisis queda reflejado en la introducción del libro: "se trata de analizar la globalización para conocer mejor la salud precaria del capitalismo actual y para poder valorar de una manera más objetiva las posibilidades históricas del socialismo".*

Las 200 empresas multinacionales más poderosas dictan la política mundial y el comportamiento de gobiernos y ejércitos. Son el verdadero poder que mueve los hilos del planeta.

Después de algunos titubeos, la palabra globalización se ha impuesto, diríase que definitivamente, para designar los cambios económicos producidos en las dos últimas décadas del siglo XX, y los cambios políticos, sociales y culturales relacionados. Puede que la impresionante manifestación de Seattle contra la reunión de la Organización Mundial del Comercio haya sido el momento simbólico de una toma de conciencia colectiva e internacional. Antes de la que ha dado en llamarse "primera movilización del siglo XXI", hubo otras acciones que se describieron como protestas o revueltas contra la globalización, pero lo eran en un sentido objetivo, por así decir, independiente de la

intención explícita de los protagonistas. En cambio, en Seattle había ya conciencia de resistir y protestar contra la globalización capitalista, y conciencia del ámbito realmente global de la protesta.

Polémicas

Podemos considerar casi zanjada la polémica que se venía desarrollando en los medios de izquierda acerca de la realidad o no de una globalización entendida como una etapa especial, como un salto, en la evolución económica del sistema dominante, que se habría producido más o menos en el último cuarto del siglo que acaba y vendría a definir los datos de partida del nuevo siglo, del que comienza. En la polémica de los años noventa, algunos autores vinculaban las posiciones de izquierda a la negación de la globalización: "un mito" según algunos, "nada más que imperialismo" según otros. El último libro de Marta Harnecker todavía rinde cuentas de esta polémica, y cita a Hirst y Thompson como los más voluntariosos defensores de esta negación, y muy merecidamente a François Chesnais como el especialista que más ha hecho para que la realidad de la globalización fuese aceptada y considerada desde una óptica marxista. (1)

La verdad de esa larga polémica es que quienes, desde la izquierda, se obstinaban en negar la realidad de un salto en la interpenetración mundial del capitalismo, en el proceso histórico de formación de un mercado mundial o en la división internacional del trabajo, lo que realmente lograban demostrar eran las limitaciones y las contradicciones del salto dado. Ciertamente, la globalización del sistema capitalista no es la creación de un ámbito económico mundial barrido por corrientes niveladoras, integradoras y enriquecedoras, como pretenden los entusiastas del mercado. De un lado tiene limitaciones insalvables, por ejemplo, el porcentaje de la producción mundial destinado a la exportación, aún hoy, ronda tan sólo el 15% (2). De otro lado, presenta desigualdades crecientes, pues el comercio mundial (en más de un 50%) y la inversión de capital en el extranjero (en más de un 75%) se concentran en tres únicos polos: EEUU, Japón y la UE. Y excluye áreas enormes del planeta, en África, por ejemplo, marginándolas de los flujos de mercancías y de capitales.

Negando los mitos de la globalización, este sector de la izquierda cayó en pensar que la propia globalización era un mito. Queriendo destacar las limitaciones y contradicciones del hecho, vino a decir que el hecho no existía. Hoy las cosas están más en su punto: la globalización es una realidad económica, un verdadero salto en la concentración mundial del capital, pero un hecho contradictorio, atravesado por fuertes corrientes desniveladoras, desintegradoras y excluyentes de países y de seres humanos.

Hasta hace poco la izquierda mantenía viva otra polémica. La globalización económica, para algunos, vendría a ser un resultado perverso de las políticas neoliberales de ciertos gobiernos de la derecha. Y apenas nada más. Quizá James Petras fuese el más conocido defensor de este punto de vista. La conexión compleja entre los hechos económicos, sociales y políticos, los cambios tecnológicos, los efectos de la concurrencia capitalista sobre la concentración de los capitales, el agotamiento de otras vías de desarrollo del capitalismo, etc., se dejaba entonces en la sombra. Pero ahora asistimos a una conciencia mayor en los movimientos sociales y partidos de la izquierda, del carácter "global" de la propia globalización, en el sentido de que se trata de un proceso con dimensiones políticas, pero también técnicas, económicas, sociales y culturales; en definitiva, de un giro histórico notable del capitalismo. Si admitimos que la cumbre internacional convocada desde Chiapas fue, antes de Seattle, la convocatoria más significativa de los tiempos que corren, cabe recordar su lema: Por la humanidad contra el neoliberalismo. Poner la atención en las políticas neoliberales, con preferencia a la globalización, era característico de toda la izquierda de los años noventa. En Seattle, en cambio, la protesta contra las nuevas propuestas "liberalizadoras" de la Organización Mundial del Comercio ya se llamó protesta contra la globalización.

Es un progreso. A través de las polémicas, la izquierda está admitiendo que la globalización designa un giro económico notable en el desarrollo del sistema capitalista y está ya investigando sus características, sus efectos de todo orden y buscando las mejores estrategias a seguir.

Empresas mayores que Estados

Además, las primeras definiciones de la globalización eran todavía muy abstractas. Manejaban conceptos demasiado amplios de manera muy poco precisa: "subordinación de la política a la economía", "funcionamiento del capital como unidad mundial en tiempo real", "capitalismo especulativo", o la que hizo mayor fortuna: "dictadura de los mercados" (3). En los últimos tiempos se suele identificar con otra idea: "la economía Internet" o "nueva economía". Cada una de estas definiciones pone el acento en una particularidad real de la globalización, y ofrece un punto de partida para su investigación en profundidad. Pero poco a poco, todas estas líneas de investigación han ido confluyendo en torno a un hecho primordial, el más fundamental de esta etapa económica: el dominio abrumador de un reducido número de empresas transnacionales de dimensiones gigantescas, mayores que Estados, sobre la producción, el comercio y las finanzas mundiales.

La concentración del capital mundial en estos grupos o Compañías, en una proporción aplastante, que implica modificaciones de todo tipo, en la economía, en la sociedad, en la vida política, en la cultura, etc., es seguramente el aspecto más definitorio de la globalización.

Se trata de algo muy concreto. Aproximadamente un tercio de todo el comercio mundial se realiza dentro de las 37.000 "multinacionales" censadas en 1994 (4), entre sus casas matrices y sus filiales, y otro tercio entre unas y otras, en definitiva, dentro del sector multinacional.

Pero incluso estas cifras son pobres para retratar la realidad de la globalización. Hay que quedarse con las 200 mayores empresas, por ejemplo, para lograr una imagen realista del sistema económico que gobierna la vida material de los seis mil millones de seres humanos que habitamos este planeta. Clairmont y Cavanagh (5) tienen el mérito de haber señalado a los verdaderos amos del mundo, al revelar el poder real, concreto, físico, de los 200 mayores grupos transnacionales. La cifra de negocio anual de estos gigantes es nada menos que la cuarta parte (26,3%) de la producción mundial, crece a un ritmo doble de lo que crece el Producto Interior Bruto de los 29 países industrializados

que integran la OCDE, y supera ya a la producción total sumada de los otros 182 países que no forman parte de la OCDE, pero donde vive la inmensa mayoría de la humanidad.

Aquí no estamos ya en el terreno de los conceptos, sino en el de las fuerzas físicas, con sus nombres y apellidos y sus modos de actuar, confrontados a la realidad de un poder que se eleva sobre todos los demás poderes humanos de una manera muy clara y agresiva. Por eso no es un slogan izquierdista ni una frase de efecto decir que la globalización es la dictadura económica mundial de 200 multinacionales, más o menos. Y poco a poco, entre las fuerzas sociales y políticas que resisten a los efectos de la globalización y se preguntan sobre las alternativas, se está llegando precisamente a esta conclusión.

Nombres y apellidos

La lista de estos 200 gigantes está en perpetuo movimiento, precisamente porque las fusiones y absorciones entre ellas, y entre las mayores de ellas, constituyen uno de los medios principales de mantenerse en la cumbre de esta pirámide del poder económico. Pero, para dar nombres, enumeremos, por ejemplo, a algunas de las mayores empresas transnacionales de carácter no financiero: Shell, General Motors, Ford, Exxon, IBM, Exxon, AT&T, Mitsubishi, Mitsui, Merck, Toyota, Philip Morris, General Electric, Unilever, Fiat, British Petroleum, Mobil, Nestlé, Philips, Intel, DuPont, Standard, Bayer, Alcatel Alston, Volkswagen, Matsushita, Basf, Siemens, Sony, Brown Bovery, Bat, Elf, Coca-Cola... entre las clásicas; Microsoft, Cisco, Oracle, entre las nuevas. Entre los bancos: IBJ/DKB/Fuji, el Deutsche, BNP/Paribas, UBS, Citigroup, Bank of America, Tokio/Mitsubishi...

¿Dimensiones de estos gigantes? Si nos atenemos a sus ventas, las de General Motors han superado la producción nacional de Dinamarca y de cerca de otros doscientos países. Si nos fijamos en su valor bursátil, sólo había en marzo de este año, en todo el mundo, diez Estados cuya producción nacional superase en valor al de las acciones de la empresa de sistemas de Internet Cisco Systems. Si hablamos de beneficios, los

que repartió entre sus accionistas la General Electric en 1997 superaban la producción anual compartida por los 40 millones de habitantes del Congo-Zaire. Si hablamos de empleados, los de la General Motors superan a las fuerzas armadas de muchos Estados del mundo.

Pero detrás de los nombres de las empresas que dominan el mundo están los nombres y apellidos de sus propietarios. Y llegados a este punto, la globalización nos enfrenta con una oligarquía mundial de una riqueza y de un poder tan concentrados como no se vieron en ninguna otra etapa histórica de la humanidad. Casi nada queda de la vieja aristocracia de siglos atrás, si no tuvo la precaución de participar de las grandes empresas capitalistas, cosa que sí han hecho las familias reales de Gran Bretaña y Holanda, o algunas dinastías árabes. Estas dinastías supieron transformar sus viejos privilegios de sangre en acciones contantes y sonantes. Pero ahora el sistema capitalista creó a lo largo del siglo XX nuevas dinastías, mucho más poderosas que las de siglos atrás. Sus apellidos ya no nos remiten a unas tierras, sino a un automóvil, un chocolate, una nevera o una cerveza. Entre los más ricos de los ricos, muchos nombres de familia están en los escaparates del capitalismo: Guinness, Ford, Philip, Merck, Ferrero, Henkel, Peugeot, Bosch, Dassault, Michelin, Heineken o Barilla... Son sus mayores accionistas. Y hay otros apellidos no menos, sino más conocidos que los nombres de sus empresas, como el del ser humano supuestamente más rico del mundo, al menos hasta este mes de abril: Billy Gates (Microsoft), o el famosísimo especulador Georges Soros, o Larry Ellison, de Oracle, que según dicen ha destronado a Gates. En fin, junto a estos novísimos ricos hay familias industriales y financieras muy antiguas, casi con solera: las de los Agnelli, amos de la Fiat, los Quandt (40% de BMW), los Rothschild, los Rockefeller de la Stardard Oil, en España los Botín del BSCH.

Cuando se cita ese dato espeluznante de que 225 de entre estos multimillonarios poseen fortunas personales superiores a los ingresos anuales de 2.500 millones de personas, las más pobres del planeta, hablamos de su injusta e insultante riqueza. Pero cuando los relacionamos con la propiedad de esas 200 empresas que concentran una

desproporcionada parte del capital mundial, entones hablamos ya de su poder, no sólo de su riqueza. Más escandalosa que su riqueza es el hecho de que, para mantenerla y acrecentarla, dirigen en provecho privado una parte tan notable de la fuerza productiva de la humanidad, que convierte al resto de las personas en súbditos suyos, y como tales, explotados, expoliados o empobrecidos.

Mercado y monopolios

Explicar la globalización como un triunfo del mercado no deja de ser una ironía. Estamos hablando de empresas cuyo dominio sobre el mercado presenta muy pocas fisuras. A través de una escalada de macrofusiones, va quedando en cada sector económico un número tan reducido de empresas que, por acuerdo mutuo, están en condiciones de determinar para bastante tiempo, no sólo los precios de venta, sino incluso los precios de compra. Imponen a las empresas menores que les suministran materias primas y auxiliares, componentes y productos semiacabados, precios de compra imposibles.

Se habla de "triunfo del mercado" en un sentido propagandístico, cuando los gobiernos desmantelan los viejos monopolios nacionales y liberalizan el sector. Pero la consecuencia es la ocupación del sector, a una escala continental o mundial, por media docena de compañías multinacionales que dejan muy poca libertad al mercado. Con ocasión de la reciente fusión entre Volvo y Renault, se hizo patente que entre sólo tres grupos transnacionales copaban el 65% de todo el mercado mundial de camiones. Y entre cinco cubren casi el 60% del de automóviles. Las 10 primeras empresas de comunicaciones controlan el 86% del mercado...

Pero la conciencia de que la globalización no es tanto libertad de mercado como concentración monopolista de alcance mundial está sobre todo vinculada al proceso que las autoridades norteamericanas de vigilancia de la competencia emprendieron contra Billy Gates y su empresa Microsoft. La política de Billy Gates, que encarna como nadie al capitalismo actual, es un ejemplo de utilización de una

elevadísima cuota de mercado (en este caso en Software) para imponer otro producto suyo (Explorer) contra los de la competencia. Este poder puede servir para innovar (en teoría), lo mismo que para controlar y suprimir, si cabe, la investigación.

Precisamente la creciente importancia de la conexión informática entre empresas y particulares se ha convertido en un terreno especialmente propicio para prácticas monopolistas. La red que, en principio parecía un nuevo espacio de libertad, es objeto hoy de la especulación de las mayores empresas del mundo, en casi todos los sectores. Aspiran a convertirla en una red cautiva desde la cual imponer la circulación de sus productos y excluir los de la competencia. (6)

Especulación y producción

Los primeros análisis de la globalización comenzaban por destacar, sobre todo, la amplitud y la violencia de los movimientos especulativos del capital, a lo ancho del mundo, y las dimensiones del capital de especulación, que apenas entraba en la inversión productiva.

La importancia del fenómeno era tal que algunos vieron la globalización como un capitalismo donde el beneficio especulativo dirigiría la producción. Se ponía tanto énfasis en este aspecto parcial de la realidad, que a veces se ocultaba la otra cara de la moneda: que este parásito insaciable que es el capital especulativo, no puede alimentarse de meros títulos (acciones, bonos, etc.) sino que devora materia viva. Por grande que sea la especulación, no vive del aire, sino que consume la parte de la producción que queda como beneficio de las empresas. El capital ocioso sólo puede reventar como un globo vacío o vivir alimentándose de las ganancias del capital productivo (del que es un parásito).

Poco a poco ha ido quedando también más claro que los agentes principales de la especulación son las mismas empresas multinacionales, financieras o no. La inversión meramente especulativa es una parte complementaria de la actividad económica principal de casi todas estas 200

empresas, financieras, industriales, o comerciales, hacia la que canalizan su capital "sobrante" (que no pueden invertir con los mismos márgenes de ganancia en su actividad principal) o inmovilizado, como ocurre con los fondos de pensiones. Como la mayor parte de los movimientos especulativos son anticipaciones de decisiones de política industrial o comercial, los grupos transnacionales se parecen a aquellos que en las apuestas sobre carreras y combates son a la vez apostadores y competidores, por lo que ganan casi siempre. Las compras o ventas de títulos, divisas, bonos, etc., por parte de los especuladores ligados a las grandes transnacionales anticipan las fusiones, ampliaciones o crisis de sus propias empresas, sea para ampliar las ganancias, sea para compensar las pérdidas.

En los últimos años se ha hablado sobre todo de estos fondos privados de pensiones. Los fondos de pensiones están formados por una parte del salario aplazado del trabajador, que la empresa negocia en la esfera financiera, antes de retornarlo a sus asalariados (si no hay quiebra) como pensión de jubilación. Parece que las dimensiones de estos fondos superan ya las de los bancos. Los de los tres grandes del automóvil norteamericano (Ford, General Motors y Chrysler) en 1995 doblaban de sobra "las reservas del Estado japonés, que es el Estado que tiene más reservas en el mundo". (7)

Más recientemente destacan los intentos de las grandes empresas de pagar a sus empleados en acciones a largo plazo (Telefónica), convirtiendo así una parte del salario en capital de especulación, animando la tendencia observable en Estados Unidos a convertir el ahorro popular en capital de especulación, incluso de especulación de alto riesgo.

Colonización y destrucción de recursos

Las multinacionales tienen patria: la de sus propietarios mayoritarios. De eso no debe caber la menor duda. Las 200 mayores tienen sus sedes bien establecidas en tan sólo 17 países de los 211 Estados independientes que cuenta la tierra. Pero 176 de ellas, según Clairmont, están radicadas en sólo 6 potencias financieras. Bastante más de una tercera parte (74) son norteamericanas.

Para que no quede duda de que se trata de lo más parecido a un club de 200 bandidos, la única multinacional española contada entre ellas es Telefónica, es decir una empresa cuyos beneficios están asociados, según los sindicatos, a la sobreexplotación del trabajo precario; según los consumidores, al monopolismo y al fraude; según los países latinoamericanos donde se ha instalado, al colonialismo; una empresa en cuya dirección reina, según los partidos de izquierda, el nepotismo político y la corrupción.

Después de Estados Unidos, el Estado donde están radicadas más multinacionales es Japón, con 152 de las 500 mayores no estadounidenses; hay 75 inglesas, 47 francesas, 42 alemanas, 22 canadienses, y 15 italianas, por lo que el Grupo de los Siete (el G-7) viene a representar al 80% de las multinacionales. Fuera de este grupo, apenas Suiza, Corea, Suecia, Australia, y Holanda pasan de la docena. (8)

El caso es que la nacionalidad de las 200 multinacionales traza un mapa del reparto del poder en el mundo entre los Estados, con más precisión que cualquier otra circunstancia económica (demografía, crecimiento de la producción, recursos naturales, nivel cultural...).

Todos sabemos el peso de la tecnología en la eficiencia productiva. Imaginemos que un Estado quiere competir en este terreno, dedicando medios humanos y financieros a la investigación. ¿Pero acaso un Estado, como fuerza económica, puede medir sus recursos con los de uno de estos gigantes del capital privado, capaz de monopolizar la investigación científica en varios países? Hoy los países industrializados acaparan el 97% de las patentes, monopolizando el progreso.

Como consecuencia, la desigualdad entre países ricos y pobres no puede verse como un punto de partida. Debe considerarse como un efecto constante y creciente del sistema económico mundial. Si en 1960, el 20% más rico de la humanidad disponía de una riqueza 30 veces mayor que el 20% más pobre, hoy la proporción es de 74 veces. (9)

El Banco Mundial y el Fondo Monetario Internacional, teóricamente creados para facilitar el crédito a los países necesitados para su de-

sarrollo o en crisis y emergencias, se convierten en instituciones que indirectamente potencian el dominio de las grandes multinacionales. Naciones que son por recursos naturales y humanos verdaderas potencias, como Brasil, México o Pakistán, permanecen sometidas a través del crédito (la Deuda externa). El crédito se renueva sobre la base de condiciones cada vez más duras y precisas, pero siempre favorables a la implantación de las multinacionales de los países acreedores en los países deudores. Y la ayuda al desarrollo, nada generosa, se utiliza con los mismos fines. De este modo, las líneas aéreas, telefónicas, eléctricas, férreas, y hasta la tierra, los bosques y los ríos de los países más poblados del mundo van pasando a manos de las compañías transnacionales, acentuando su dependencia económica y sus dificultades para abordar un desarrollo autónomo y sostenido.

Las movilizaciones del pueblo mapuche contra la presa de Biobío, de los bolivianos de Cochabamba contra las tarifas del agua, han sacado a la luz el poder que las multinacionales (en estos casos españolas: la FECSA-Enher en Chile, y la Abengoa en Bolivia) han llegado a adquirir en estos países y en muchos otros, y de la manera destructiva en que lo utilizan. En los gravísimos conflictos por la tierra que vive Latinoamérica desde México hasta el sur de Chile, en la resistencia a la deforestación de sus selvas, en las luchas en torno a los precios del café o de otros productos agrícolas, lo que subyace es la penetración de capital transnacional interesado en el control de las materias primas del planeta. Como poderes extranjeros arrasan la cultura y la naturaleza que encuentran a su paso, con más violencia que los conquistadores de hace cinco siglos.

El peso adquirido por las multinacionales bien podría llamarse recolonización. Las cadenas del viejo colonialismo militar, tras un paréntesis de independencia, reaparecen en la etapa de la globalización como cadenas financieras y económicas, pero no por ello menos pesadas.

Deslocalización, paro y precariedad

El efecto social que nos es más próximo es el crecimiento del paro y la precariedad, cuyo salto en las últimas décadas debe conside-

rarse el reverso de la concentración del capital internacional que llamamos globalización.

La globalización no extiende la producción, la concentra. Incluso los momentos de auge económico de las últimas tres décadas presentan índices de crecimiento de la producción inferiores a los de las dos décadas anteriores. Al concentrarse la producción, aumenta la productividad del trabajo, pero al precio de expulsar mano de obra en proporciones siempre mayores hacia empleos menos cualificados y peor pagados, precarios o sencillamente al paro. Las reformas laborales que han ido recortando los derechos adquiridos de los trabajadores a fuerza de luchas sindicales y políticas, han sido hechas para adaptar la legislación a las condiciones que querían imponer las mayores empresas.

Desde los primeros años ochenta, todavía antes de que se produjesen los cambios de legislación laboral más importantes en Europa, se hizo notar una característica del capital transnacional: su deslocalización, su facilidad, no absoluta por supuesto, pero sí real, de desplazar sus inversiones productivas de un país a otro, de una ciudad a otra, a la busca de las llamadas "ventajas comparativas". Y entre ellas, una legislación laboral ventajosa para la empresa era y es una de las más importantes. Así, desde la década de los ochenta comenzó una sorda pugna entre los Estados y las ciudades para atraer la inversión de las mayores de estas empresas, lo que contribuyó no poco a recortar los derechos obreros. En los EEUU, donde llegó más lejos esta tendencia, los sindicatos practicaron una política suicida llamada de "concesiones", por la que competían entre ellos, los de una ciudad contra los de otra, ofreciendo a las empresas acuerdos ventajosos para retenerlas o para conseguir sus inversiones, con un coste elevado para los asalariados.

Y si esto hacían algunos sindicatos, no puede chocarnos que los parlamentos, unos tras otros, fuesen adaptando el mercado laboral a las pautas que reclamaban las empresas multinacionales con tal de mover fácilmente sus inversiones: del coste humano ya se ocuparían los subsidios de desempleo...

Hoy, por desgracia, nuestros sindicalistas están acostumbrados a oír las amenazas fundadas, o incluso los faroles de su empresa transnacional: "si no os parece bien, llevaremos la producción a tal o cual país".

Política y economía

La idea de que la globalización sustituye la economía por la política podría muy bien ceder su sitio a otra idea más precisa: el poder político de la inmensa mayoría de los Estados hoy existentes nada o casi nada puede frente a empresas de dimensiones superiores a los Estados. Al menos, mientras esos gobiernos y esas empresas se muevan en un mismo terreno, el de la economía capitalista mundial. ¿Y qué gobiernos se sienten en condiciones de moverse fuera de la esfera del mercado mundial capitalista? En todo caso, no los que hoy conocemos.

Todos los gobiernos que hoy existen tratan de establecer convenios con las empresas multinacionales, en una relación de fuerzas muy desequilibrada a favor de las últimas. La política fiscal, el precio de los terrenos, la calidad y la programación de las infraestructuras, la legislación laboral, la docilidad de los sindicatos, la venalidad de los políticos y de la justicia, y otros muchos factores entran en juego cuando la Volkswagen, por ejemplo, trata con el gobierno de Madrid y el de Praga para decidir sus inversiones. Antes se decía: "lo que es bueno para la General Motors es bueno para los Estados Unidos". Pero esta asociación entre el interés de las grandes empresas y el interés nacional sólo tiene sentido en seis o siete países en todo el mundo. En los demás, el interés de la multinacional extranjera pesa más en la balanza que el llamado interés nacional.

En estos momentos, Gran Bretaña vive una crisis laboral por la decisión de la BMW de abandonar la Rover, que cuenta con 18.000 obreros y de la que dependen hasta 50.000 empleados en la industria auxiliar. La empresa alemana había exigido al gobierno de Tony Blair que entrase en el euro, y al no conseguirlo, optó por vender su

filial inglesa a una compañía gestora. La operación implica despidos por encima de los 5.000. Pero uno de los posibles compradores finales, Ford, también planea cerrar una factoría inglesa (y más de 3.000 despidos). Para colmo, Honda anunció por las mismas fechas recortes de su producción en Inglaterra de hasta el 50%. En una de las grandes potencias industriales, decisiones de política económica nacional al más alto nivel, como lo es la adhesión o no a la unidad monetaria europea, se discuten entre un gobierno a la defensiva y unas pocas empresas multinacionales extranjeras prepotentes. El empleo y el salario para decenas de miles de hogares ingleses están en juego. Casos como éste, se dan todos los días, y no sólo en los países pobres ni medianos.

Las decisiones políticas de Estados más débiles son todavía más manejables. En 1989 la Siemens AG destinó una pequeña partida de sus superbeneficios (una propina de 369 millones de pesetas) a uno de los patrones de Filesa para que el gobierno de Felipe González adaptase los planes del tren de alta velocidad español (AVE) a los intereses de la empresa alemana. Esta práctica es de lo más corriente. Lo raro es que un tribunal llegue a sacarla a la luz. Lo imposible es que ninguna justicia basada en el derecho de propiedad privada llegue a impedir que la voluntad de los gobiernos, partidos y parlamentos se acabe rindiendo ante propinas tan generosas.

Ni siquiera el poder político del más fuerte de los Estados hace temblar a quienes se saben verdaderos amos del mundo, en cuanto a poder económico. De cara a la galería, la condena de Microsoft por monopolismo puede pasar por ejemplo de supremacía del poder político sobre el económico. Pero resortes muy poderosos actúan detrás del escenario judicial. La empresa de Billy Gates recientemente formó un lobby en Washington con la misión de comprar la voluntad de políticos influyentes de los dos partidos. Una empresa cuyo valor en bolsa ha perdido sumas comparables al valor de la producción nacional anual española, ¿acaso no puede destinar fondos capaces de garantizar que la administración presidencial norteame-

ricana que surja de las próximas elecciones sea más propicia a los intereses de Microsoft? Por supuesto que puede hacerlo, y que así se financian las campañas.

Mientras la política se mueva dentro de las reglas de juego del sistema capitalista (propiedad privada, beneficio, mercado), la supeditación creciente de la política de los Estados al interés económico de las empresas es una consecuencia de la concentración del capital mundial en 200 o poco más de ellas.

Guerras

Como algunas de las mayores compañías de prensa, radio y televisión pertenecen a este selecto club de las multinacionales, y como los restantes medios de difusión dependen de las otras grandes empresas, no podemos esperar que nos informen de los intereses más sórdidos que están en juego en las guerras. Una parte de los aspectos políticos e incluso ideológicos implicados en las guerras de nuestros días aparecen en los medios de comunicación, aunque evidentemente deformados, cuando no falsificados. Pero la censura es mayor, sin ningún género de dudas, en lo que toca a los móviles económicos de las guerras y la implicación de las empresas.

Y, sin embargo, la guerra, que la humanidad padece como una explosión de irracional barbarie, no deja de figurar como un mercado importantísimo en las previsiones de algunas de las instituciones más influyentes de nuestra época, concretamente de las multinacionales. Y no sólo de las empresas de armamentos. Los propios móviles de la guerra son valorados, aprobados o descartados, por las mayores empresas mundiales.

La guerra del Golfo en 1991 es el ejemplo más claro, pero no el único caso. Se luchó por el control de las fuentes y de los precios del petróleo. Y la participación de los Estados fue "estimulada" con las generosas donaciones que el grupo kuwaití KIO distribuyó a

los políticos, y también con ofertas variadas de participación en los previsibles negocios de la reconstrucción.

También la guerra de Chechenia es una guerra petrolera por la ruta del crudo del Mar Caspio. La implicación personal de lo que los rusos llaman "la familia" del Kremlin en las empresas rusas del sector (Lukoil, Gazprom) explica su obstinación en exterminar a este pueblo que se interpone entre Moscú y los oleoductos. Pero la escandalosa complicidad occidental tampoco puede separarse de la asociación de las principales petroleras angloamericanas en el consorcio internacional que explota el petróleo transportado por Rusia a través de Chechenia. Basta considerar el elevado número de petroleras que hay entre las mayores transnacionales para comprender también la importancia de esta materia prima en todos los escenarios de guerra, en las maniobras estratégicas de las grandes potencias y alianzas (la OTAN en el Este de Europa), y en otros dramáticos acontecimientos recientes como el genocidio de Timor Oriental.

Todos estos hechos, más que otros, han potenciado la conciencia de que la globalización, como proceso económico, se confunde con la concentración del capital en un número tan reducido de empresas que, por su talla y su poder, se elevan sobre muchos de los actuales Estados, y de esta manera modifican también las condiciones políticas y culturales de nuestra vida.

Esta conciencia no aporta todavía soluciones, sino incógnitas. Muchos de los recursos empleados por los pueblos, sus ciudadanos, sus trabajadores, los sindicatos y partidos, en las condiciones históricas anteriores, se revelan ahora poco eficaces y requieren una reconsideración y una renovación. Pasando del terreno económico al político, parece que la resistencia y la protesta contra la globalización se encuentra en fase de tanteos y de reflexión, o quizá de respuestas parciales, lejos todavía de una alternativa global.

Pero es legítimo pensar que a una alternativa global sólo llegaremos después de muchos tanteos y a base de combinar muchas

alternativas parciales. Y quizá desarrollando en la propia sociedad civil un poder de otra naturaleza que el de los actuales Estados, no sólo capaz de cambiarlos sino de sustituirles por un poder de mayor envergadura social. Quizá sea este poder de una sociedad civil alternativa el que, desarrollándose, llegue un día a estar en condiciones de medirse con el poder, hoy por hoy incontenible, de la oligarquía financiera mundial que a través de unas pocas centenas de compañías capitalistas tiene a la humanidad en un puño.

---

1. Marta Harnecker, La izquierda en el umbral del siglo XXI, Madrid 1999. Sin embargo, a François Chesnais no le gustaba el término de "globalización" y propuso sin éxito el de mundialización en su principal trabajo: François Chesnais, La Mondialisation du capital, París 1994.

2. Richard Du Boff & Edward Herman.

3. Ignace Ramonet.

4. UNCTNC, 1994.

5. F.F. Clairmont y J. Cavanagh, Sous les ailes du capitalisme planetaire, 1994, y F.F. Clairmont, Ces firmes géants qui se jouent des Etats, 1999.

6. Van den Eynde, Mitos de la Nueva Economía, en La Aurora, mayo de 2000

7. Harnecker, citando al US News and World Report.

8. Forbes abril de 1999.

9. PNUD, 1999.

Las migraciones laborales, demografía de la globalización

(Sin Muro.** Septiembre 2001**)

El debate que se ha abierto dentro del movimiento obrero del Estado español acerca de las políticas de inmigración es todavía de corto alcance. Todavía no considera la corriente migratoria actual como un dato obligado de la globalización capitalista, ni la división de la clase trabajadora en dos sectores, autóctono e inmigrado, como una problemática de primer orden en todos los países de capitalismo desarrollado.

Las migraciones masivas constituyen un dato importantísimo y obligado de la lucha de clases de nuestros días. Como válvula de escape de la presión social en países que de otro modo estarían abocados a una explosión revolucionaria; como efecto de guerras sobre la población civil inerme y hambrienta; o como sistema de rejuvenecimiento y crecimiento de la población en países que de otro modo entrarían en decadencia demográfica, económica y social, las migraciones masivas determinan cada día más la composición nacional y cultural de la población de todos los países del mundo. Los marxistas que no tengan en cuenta este factor -la proporción y las características de la fracción inmigrada de la clase trabajadora- podrían llegar a pocas conclusiones políticas válidas.

Pero con la inmigración ocurre lo mismo que con todas las otras manifestaciones agudas de las contradicciones propias del capitalismo de nuestros días; puede ser, y en el fondo es, un factor de crisis del sistema actual, que mina las bases de la dominación de los partidos burgueses; pero, mientras el movimiento obrero no adopte una estrategia acertada y audaz, la inmigración puede actuar como un factor de división de los propios trabajadores y sus conflictos pueden ser rentabili-

zados por la derecha capitalista. Esta doble posibilidad explica lo que está ocurriendo en el movimiento obrero: aunque un sector acoge a los inmigrantes como refuerzos para la lucha obrera, otro sector teme los posibles conflictos y los efectos de la inmigración y se acobarda o presta su ayuda a las autoridades capitalistas en la aplicación de políticas discriminatorias.

Para influir positivamente en la actitud del movimiento obrero hacia la inmigración y superar el miedo y la improvisación, los marxistas deben contribuir con mejores argumentos que los de la generosidad, la moral y la solidaridad: debe aportar un enfoque riguroso y objetivo del problema en tanto que problema de la lucha de clases.

La problemática social y política de la inmigración, tratada en sí misma, fuera de su contexto económico, por supuesto internacional, puede inducir a graves errores. Las actuales migraciones laborales de dimensiones sin precedentes son una consecuencia de la globalización del capital, aunque casi sería mejor decir que son una de sus facetas. En todo caso no son una consecuencia episódica ni accesoria, sino una consecuencia obligada y un dato permanente y creciente del capitalismo actual.

Pobreza y prosperidad

La causa más evidente es, por supuesto, el efecto de la globalización sobre los pueblos del mundo más dominados, pobres o indefensos. Es lo primero que se quiere decir cuando se identifican la pobreza y el saqueo de los pueblos dominados por el capital financiero imperialista con las razones y la fuerza de las corrientes migratorias que agitan hoy a la humanidad.

La globalización económica acentúa la pobreza, la desigualdad y la marginación de los pueblos en situación de inferioridad. Basten tres datos procedentes de las propias instituciones rectoras del orden mundial del capitalismo, datos tan repetidos como inapelable: de la

pobreza, los dos dólares diarios con los que malvive nada menos que la mitad de la humanidad actual; de la desigualdad, el que la proporción de ingresos entre la quinta parte más rica y la quinta parte más pobre de la población del planeta haya pasado de 30 veces a 74 veces en los últimos cuarenta años; de la marginación, el que 48 países del África subsahariana sólo contribuyan a la producción mundial con un mísero 1%, aun cuando su población actual iguala la de la Unión Europea y la doblará en dos o tres décadas.

La obligatoriedad económica y social de las migraciones laborales masivas se evidencia en tales cifras. Y sin embargo es posible aceptar que la emigración está determinada por la pobreza, la desigualdad y la marginación que se extienden y aceleran con el proceso de globalización económica de las dos últimas décadas y, al mismo tiempo, caer en una visión incompleta y superficial del fenómeno. Así les ocurre a quienes admiten que la globalización "actual" genera resultados perversos, pero siguen creyendo posible "corregir" estos efectos indeseables con ayudas y otros correctivos políticos. "Si los estados capitalistas ayudasen a combatir la pobreza – piensan- sería posible una globalización sin inmigración en masa". Una idea ingenua. La globalización no es un proceso neutro de internacionalización de la vida económica, la cual podría realizarse según distintas políticas y con distintos efectos sobre la sociedad y las naciones. Habrá que insistir muchas veces en este error de los reformistas. La globalización es ante todo un salto histórico en la concentración del capital a nivel mundial. Es internacionalización de la vida económica, por supuesto: pero internacionalización que se realiza en las entrañas del capital, que se dirige desde las cimas del capital, que reúne y concentra el capital productivo de todo el planeta en muchas menos manos.

Éste es el hecho que determina la obligatoriedad de gigantescos movimientos migratorios y no la pobreza o la marginación, en sí mismas, pues no son otra cosa que las manifestaciones periféricas de esa concentración del capital. Por tanto, "pobreza" de unos y prosperidad de

otros están íntimamente relacionadas y mientras domine el capitalismo estarán mutuamente relacionadas. No son hechos paralelos, sino hechos interconectados.

Capital y fuerza de trabajo

La medida del grado de concentración mundial del capital está en doscientas empresas transnacionales (de hechos, grandes conglomerados financiero empresariales), todas ellas de dimensiones económicas comparables o superiores a Estados nacionales y cuya cifra de negocios contiene la cuarta parte de la producción mundial, supera a la producción conjunta de los 150 países más pobres del planeta y crece a un ritmo superior al del propio crecimiento de los países de la OCDE.

A esta cifra nos referimos los que afirmamos que se ha producido un salto histórico en la concentración capitalista e identificamos la globalización precisamente con este salto. Dados el grado de monopolismo que implican la cifra en casi todos los sectores productivos y el nivel de fusión entre los intereses privados de sus accionistas y los siete o pocos más países donde radican los estados mayores de estos gigantes de las finanzas y de la producción, el actual orden económico puede ser definido, sin faltar a la verdad, como una dictadura mundial de doscientas empresas. Una de sus manifestaciones se encuentra en los flujos del capital. Según datos muy difundidos, nada menos que las tres cuartas partes de la inversión de capital en el extranjero se concentran en los tres polos de este orden económico: EE UU, Unión Europea y Japón. La otra cuarta parte de la exportación mundial de capitales basta para mantener al resto de la humanidad entre la marginación y la dependencia. Pero si las tres cuartas partes de todo el capital que recorre el mundo con fines de inversión va a parar a estos tres polos, donde al fin y al cabo vive una minoría de la población de la tierra, ¿qué camino podría seguir la mayoría restante de la población que no es otra cosa, económicamente hablando, que mano de obra disponible? No hay que hacer abstracción de las características del

régimen productivo dominante: el capitalismo. Y su característica más definitoria es la radical separación de los medios de producción y de los productores (trabajadores), convertidos unos y otros en mercancías, de manera que los medios de producción necesarios para atender a las necesidades humanas son, en tanto que mercancías, capital, y los trabajadores son, también en tanto que mercancía, fuerza de trabajo que no puede acceder a los medios de subsistencia sin venderse a los poseedores del capital.

Las ayudas al desarrollo y las mil formas de beneficencia pública y privada que se aplican hoy como paliativos de este régimen de producción mueven cifras insignificantes en comparación con aquel dato realmente determinante que es la distribución mundial del capital invertido directamente en el extranjero. Incluso el 0,7% de ayuda al desarrollo, cumplido y aumentado, no sería más que una mísera compensación para la marginación de las tres cuartas partes de la tierra con respecto a los flujos del capital. Y mientras la ley forzosa del régimen productivo sea la venta de la fuerza de trabajo de los seres humanos a los poseedores de capital, la población estará condenada a seguir el camino que recorre la inversión de capital, persiguiéndolo, como cualquier otra mercancía existente y necesitada de comprador. Lo hará en patera, entre las ruedas de los camiones, con pasaporte o de contrabando, pero lo hará.

Se pueden considerar las migraciones laborales como el efecto demográfico de la creación de un mercado mundial, y ahora da un forzoso salto adelante con la globalización. Y por mucho que los seres humanos tengan raíces, familias, culturas, afectos de todo tipo, son también y desde el punto de vista del sistema capitalista sobre todo mercancías cuyo movimiento está dominado por el movimiento del capital.

Exportadores e importadores de fuerza laboral

La desigual distribución de la inversión capitalista en el mundo determina la división de todos los países existentes, no sólo entre ricos

y pobres, sino también entre exportadores e importadores de seres humanos. Ya en los años 90 el 75% de toda la exportación de Pakistán era mano de obra. Las remesas de dinero que sus emigrantes envían desde el extranjero a sus familias equilibran, en la proporción dicha, la balanza comercial del país. Hoy, por ejemplo, la ayuda oficial al desarrollo que recibe Marruecos no alcanza a la mitad de las remesas de dinero que reciben las familias de los marroquíes que están trabajando en Europa. Otro dato: uno de cada 20 hogares mexicanos depende del dinero que recibe de algún miembro de la familia que se fue a trabajar a los EE UU (hay unos ocho millones de mexicanos en este país). O, mirando el fenómeno desde el otro lado, los trabajadores extranjeros en los EEUU (suman entre 9 y 11 millones de ilegales y una cantidad no menor de inmigrantes legales) remiten a sus parientes un valor superior al de la producción de 130 países por separado, muchos de los cuales tienen una población más numerosa que la de extranjeros residentes en los Estados Unidos.

Pero las políticas xenófobas ocultan con más celo todavía la otra cara de esta moneda: si la exportación de mano de obra es un recurso de los países pobres contra su pobreza, válvula de escape de tensiones sociales y fuente de ingresos dictada de modo inexcusable por las condiciones del mercado mundial capitalista, no es menos cierto que también la importación de mano de obra es una estricta necesidad para la prosperidad capitalista de los países "ricos". La inmigración, con todas sus penalidades y conflictos, es condición sine qua non de su desarrollo económico. En abstracto todos somos capaces de imaginar un desarrollo "nacional" de la economía sin inmigración, o con migraciones totalmente voluntarias, nada traumáticas, más bien recíprocas y equilibradas, etc. Estaríamos pensando entonces en un régimen económico que nunca ha existido en la tierra. Es posible imaginar una sociedad donde se viaje sólo por placer o de acuerdo a un plan colectivo, pero esa sociedad tendría que haber superado el capitalismo y sus leyes económicas, expropiando a la clase capitalista y convirtiendo los medios de producción en propiedad colectiva, objeto de una planificación social. En el caso de nuestra sociedad

capitalista la historia demuestra hasta la saciedad que su "prosperidad" es impensable sin una afluencia masiva y atropellada de mano de obra y sin periódicas crisis de paro, de sobreexplotación o de marginación dramática y conflictiva de este ejército del trabajo que necesita para dinamizar el crecimiento.

El capitalismo engendra sobrepoblación porque la necesita con la misma perentoriedad con la que muchas otras veces le sobra, alternando siempre ambas fases periódicamente. Y mientras el capitalismo subsista, una sociedad que frenase el crecimiento de su población entraría en una decadencia económica completa: el estrecho "bienestar" adquirido a través de la explotación del trabajo de las generaciones anteriores se haría cada vez más insostenible, y al final el esfuerzo de la población activa no lograría siquiera mantener dignamente a sus ancianos y enfermos, ni proteger y educar a sus niños. El estancamiento de la natalidad en los países ricos refleja la presión del paro y la precariedad, de la carestía de la vivienda, de la educación y de la sanidad, y de la doble explotación de la mujer (en la sociedad y en el hogar): las obreras y los obreros autóctonos se resisten a perder las condiciones de vida adquiridas en momentos anteriores más favorables para las mejoras sociales. Pero este descenso de la natalidad, lejos de proteger el nivel de vida de la población obrera amenaza también, aunque por otro camino y a otro plazo, las condiciones de existencia de las sucesivas generaciones de trabajadores: a través de un descenso del ritmo del progreso material y a través de la crisis de la protección social de los obreros inactivos debida al envejecimiento de la población.

En los primeros días del año 2000 se difundieron los datos de un estudio sobre población y empleo llevado a cabo por la Comisión Europea, poco después de que las Naciones Unidas hubiesen alertado sobre estos problemas. La conclusión del estudio era que, para la mera reposición de la población (es decir, para un crecimiento demográfico cero), la Unión Europea necesitaba acoger 1.4 millones de inmigrantes anuales hasta 20259: una cifra superior al millón de inmigrantes anua-

les que reciben los Estados Unidos. En otro caso, señalaba el estudio, en Europa se producirá un dramático desequilibrio entre la población activa y la pasiva. La Comisión Europea enumeraba todos los cambios posibles y necesarios para combatir esa tendencia, tales como nuevas políticas de empleo, nuevas tecnologías de sustitución de puestos de trabajo y políticas de reducción de la población pasiva (jubilada, enferma...). Pero reconocía que ninguna de estas medidas sería suficiente para evitar una decadencia demográfica amenazadora para el nivel de vida europeo, y que lo realmente imprescindible es cambiar la política de inmigración, haciéndola más abierta y acogedora.

En este estudio no hay que ver una sola gota de solidaridad, ni de presión de los países pobres. Sencillamente de trata de un frío cálculo económico capitalista.

El caso del Estado español

Los estudios paralelos de la División de Población de las Naciones Unidas, ateniéndonos al caso español, ofrecían las siguientes cifras:

- De no producirse un giro radical en la evolución de la población, dentro de cincuenta años el Estado español habría perdido el 21,8% de su población y se habría convertido en el país más viejo del mundo, con una edad media de 55 años.
- En tal hipótesis, en lugar de 4 trabajadores activos por cada persona pasiva, habría tan sólo 1,4.
- La cantidad mínima de inmigrantes estrictamente necesaria para mantener la relación entre activos y pasivos es de 250.000 cada año desde hoy hasta 2050.

Analizando detalladamente las estadísticas sobre el tema, los demógrafos Leguina y Fernández Cordón aseguraban que ni siquiera dándose simultáneamente un aumento relativo de la natalidad, un aumento del empleo de la mujer y un retraso de la edad de jubilación de por ejemplo cinco años –ni, aun así- podría mantenerse una proporción entre personas activas y pasivas capaz de asegurar una vida digna para

una población notablemente envejecida. En contra del prejuicio ampliamente extendido de que "los inmigrantes nos quitan los empleos", Leguina y Fernández Cordón, por medio de simples deducciones estadísticas, afirman lo contrario: que incluso la creación de empleo podría verse frenada en pocos años porque la escasez de población en edad laboral afectaría muy negativamente al crecimiento económico en su conjunto. Y tomando en consideración el descenso de la natalidad española y sus efectos duraderos sobre el futuro de la población, afirman que, junto a todas las otras medidas imaginables de política de empleo, de política social y de fomento de la natalidad, seguirá siendo necesaria la acogida de muchas decenas de miles de inmigrantes y su arraigo en condiciones de contribuir al ascenso de la natalidad del país. Por su parte, la Comisión de Ayuda al Refugiado cifra en 300.000 los inmigrantes anuales que necesita la economía española (luego veremos por qué esta cifra políticamente tan impresionante es económicamente bastante timorata).

El significado político de estos cálculos puede comprenderse mejor comparándolos con datos de la actual política de inmigración del gobierno de la derecha capitalista. El "cupo" previsto por Aznar en el momento en que decidió "reformar" la Ley de Extranjería para hacerla más restrictiva era de... 30.000 al año.

Entre 1995 y 1999, es decir bajo la ley anterior considerada por Aznar demasiado permisiva y generadora de un "efecto llamada", el número de extranjeros residentes legales en el Estado español creció al ritmo de 75.000 por año por término medio. El año 2000 el aumento fue de 94.000.

Sin embargo, las "regularizaciones" extraordinarias han actuado como complemento real de los "cupos" propuestos, legalizando a una parte de los extranjeros que ya se hallaban en el país "sin papeles". En enero del año 2001 los propios inmigrantes ilegales iniciaron una impresionante batalla para obligar a las autoridades a legalizar su situación. Fueron los encierros en iglesias, huelgas de hambre y movimientos de

solidaridad mediante los cuales los propios implicados reaccionaron en contra de la nueva Ley de Extranjería y demostraron la fuerza que comienzan a tener por sí mismos en la sociedad. Como resultado de esta lucha, la última "regularización" habrá legalizado finalmente la residencia de unos 200.000.

Es notable la distancia entre la necesidad demográfica cifrada en 250.000 como mínimo y el cupo del PP (30.000), pero también entre aquella y la cifra realmente alcanzada de extranjeros legalmente acogidos: 75.000 hasta 1999, de 94.000 en 2000, o la que se alcance al final del 2001, bastante superior a consecuencia de la regularización de ilegales. Pero ¿qué ocurre si sumamos también a los "sin papeles"? De estos trabajadores no tenemos estadísticas válidas, pero una referencia podría dárnosla las trescientas mil solicitudes de legalización presentadas "por motivo de arraigo" en este último proceso extraordinario de regularización. Aun suponiendo que los "sin papeles" residentes doblen la cifra de solicitudes, y aventurando por consiguiente un censo real del orden de un millón y medio de extranjeros residentes en 2001, llegaríamos a calcular que en los últimos cinco años de coyuntura económica francamente ascendente habrían entrado en el país, por ejemplo, 200.000 extranjeros y extranjeras por año: todavía lejos de las necesidades. Ni aun sumando las expulsiones y devoluciones anuales (que fueron, por ejemplo, 24.769 en 2000) alcanzaríamos el cálculo de la Comisión Europea.

Estos números no valen gran cosa, por supuesto, pero bastan para dejar clara una idea que todos los especialistas solventes comparten: la llegada de inmigrantes al Estado español no sólo está muy por debajo de la común a cualquier país capitalista avanzado, sino que está muy por debajo de la recomendación de los departamentos demográficos de las Naciones Unidas y de la Unión Europea. Por tanto, las leyes restrictivas y discriminatorias, la llamada "alarma social" y los fenómenos del racismo y la xenofobia deberán ser tratados como problemas políticos que responden a causas del todo independientes de las ne-

cesidades económicas del país de acogida que es, infaliblemente y hablando en términos crudamente capitalistas, un país con imperiosas necesidades de "fuerza laboral" importada del extranjero.

Contribución económica de la inmigración

Y otra cosa antes de seguir adelante: las cifras de 1,4 millones de inmigrantes anuales para Europa y de 250.000 o 300.000 anuales para el Estado español son realmente mínimas; es decir, están calculadas tan sólo para mantener una proporción entre población activa y población ociosa y envejecida que posibilite el mantenimiento de la población inactiva sobre los hombros de la población productiva. Si además de este aspecto (pensiones y seguridad social en general) consideramos las necesidades económicas de una manera más amplia, habría que calcular una cifra necesaria de inmigrantes bastante más alta. En la economía capitalista, un índice elevado de crecimiento económico anual presupone siempre, necesariamente, un índice todavía más elevado de crecimiento demográfico en las áreas industriales (ya sea por natalidad, inmigración rural o inmigración extranjera).

La idea de que los inmigrantes acuden a "aprovecharse" de un crecimiento económico resultante del esfuerzo de los "nacionales" es un prejuicio sin base objetiva. La etapa de crecimiento económico sostenido que ha conocido la economía de los Estados Unidos en la última década se atribuye, según los propios expertos capitalistas, a cuatro grandes factores, uno de los cuales y no el último precisamente sería "una gran apertura a la inmigración" (los otros tres factores serían el equilibrio presupuestario, el manejo de los tipos de interés para influir sobre la producción y los aumentos de productividad derivados de la informática). En términos más ajustados a la realidad diríamos que la llegada de una mano de obra barata, joven, abundante, y más o menos privada de derechos laborales ha sido uno de los secretos de la última etapa de crecimiento económico en los Estados Unidos; pero lo mismo podría decirse de cualquier otra

etapa y de cualquier otro país en auge económico. Y este factor deja abierta una incógnita: ¿cómo influirá la inmigración en la vida de los Estados Unidos ahora que la producción se estanca y amenaza con una recesión? ¿En qué "sobrante" de mano de obra y en qué carga de paro masivo para las finanzas públicas se convertirá ahora, ante el cambio de coyuntura, esta benéfica corriente de millones de trabajadores llegada al país durante la última década?

Pero un capitalismo que, por temor al paro masivo y la revuelta social en los momentos de crisis, frenase la inmigración y el crecimiento demográfico en los momentos de auge, en lugar de resolver problema alguno, los agravaría todos pues socavaría los fundamentos de su desarrollo y se abocaría a una lenta e inexorable ruina. El capitalismo de nuestra época, por mucho que tema a la crisis, necesita atraer a los inmigrantes en los momentos de auge con la misma fuerza con la que necesita deshacerse de ellos en los momentos de crisis y por la misma ley que rige los demás aspectos de sus ciclos económicos y de sus crisis cíclicas.

A partir de aquí comienza la política en sentido estricto, es decir las diferentes formas en que los inmigrantes atraídos por los movimientos del capital de inversión pasan a formar parte de la masa laboral, de la ciudadanía, del movimiento obrero y de la cultura de los países a donde acuden. Estas formas pueden ser muy variadas, pero ya Lenin señaló en su día que "la explotación del trabajo de obreros peor retribuidos de países atrasados es algo particularmente característico del imperialismo. En esta explotación se basa, hasta cierto punto, el parasitismo de los países imperialistas ricos que sobornan a una parte de sus propios obreros con salarios más altos, al tiempo que explota sin medida y sin vergüenza el trabajo de obreros extranjeros "baratos". Habría que añadir las palabras "peor retribuidos", así como las palabras "y muchas veces privados de derechos", pues los explotadores de los países "civilizados" se aprovechan siempre de la circunstancia de que los obreros llevados al extranjero no tienen derechos."

Política imperialista de inmigración

La contradicción entre las necesidades económicas y las políticas de inmigración de los países capitalistas es tan flagrante que requiere una explicación. Cuanto más "llama" su economía a los extranjeros, tanto más discriminatoria se vuelve su política.

La misma contradicción aparece en las políticas neoliberales características de la globalización. Mientras que su dogma es la libre circulación de mercancías y capitales, se opone a la libre circulación de las personas. Esta contradicción aparece todavía más clara si se formula de acuerdo con las leyes capitalistas: todas las mercancías –menos las declaradas perniciosas- pueden circular libremente por el mundo, todas menos la fuerza laboral. El que esta mercancía –para la economía capitalista- tenga la notable particularidad de estar compuesta por seres humanos, en principio sujetos de derechos políticos y sociales, es lo que la relega a la categoría excepcional de las mercancías "perniciosas" cuya circulación debe ser restringida, controlada y limitada, como ocurre con los narcóticos o las armas.

Lo característico de la política imperialista de inmigración es –como dice Lenin en las líneas antes citadas- el intento de mantener en el país una masa laboral separada de la clase obrera del país por sus derechos reducidos (o negados) y sus salarios más bajos: así la división entre naciones explotadoras y naciones explotadas, propia del imperialismo, se traslada al interior de los trabajadores del propio Estado imperialista, como división entre los "nacionales" y los "extranjeros". Para lograr, mantener y profundizar esta división sirven las leyes de extranjería de la derecha capitalista.

Todos los informes internacionales sobre población y trabajo antes citados incluyen reflexiones y reservas de naturaleza política. Así, por ejemplo, los mismos expertos de las Naciones Unidas que evalúan el flujo migratorio necesario para Europa "reconocen que una llegada de inmigrantes de tal calibre es política y socialmente inviable". Una encuesta realizada entre los empresarios españoles este verano refle-

jaba que el 90,05% de ellos considera que "la inmigración es necesaria como fuerza de trabajo", el 57,7% de ellos lo explica por "los empleos que los de aquí no quieren ocupar", pero casi todos añadían que "las principales dificultades son de índole cultural y religiosa".

Esta doble actitud conduce a las siguientes alternativas. En general la "llamada" procede del mercado laboral mucho más que de las leyes más o menos permisivas; pero una vez producida la "llamada" al trabajador o trabajadora extranjeros, las leyes configuran varias posibilidades políticas y sociales:

- los inmigrantes pueden formar una mano de obra contratada por debajo de ley (sobreexplotada) o en las mismas condiciones salariales y laborales que la autóctona. Esta alternativa determina si forman una segunda clase obrera discriminada de la otra o si forman parte del movimiento obrero del país.
- los inmigrantes pueden formar parte plenamente de la ciudadanía (con igualdad de derechos políticos y electorales) o quedar fuera, como extranjeros privados de derechos. En el primer caso, de manera natural acaban reforzando a la izquierda; en el segundo caso acaban constituyendo un segmento social políticamente excluido, problema social sin representantes políticos, "tema" de agitación de los racistas y de división y debilitamiento político de la clase trabajadora.
- los inmigrantes pueden ser invitados a contribuir con su particular aportación a la cultura del país, como uno de sus componentes, o pueden ser excluidos de una cultura estrechamente "nacional", formando guetos culturales y agudizando las tensiones entre diversas comunidades.

La derecha opta por las políticas restrictivas y discriminatorias de la inmigración en parte bajo la presión de los numerosos empresarios rapaces y sobreexplotadores que ven en ella la oportunidad de disponer de mano de obra legal, indefensa y a bajísimo precio. Aunque esta política muchas veces signifique perjudicar a los capitalistas que necesitan trabajadores extranjeros, pero cualificados y legalizados, y a las finanzas del

Estado, que resultan debilitadas por el consiguiente desarrollo de una economía sumergida, y al orden público que sufre los efectos de las redes mafiosas de tráfico y extorsión de seres humanos, suele ser necesaria una lucha enérgica de la clase trabajadora para que los capitalistas no sigan la senda indicada por los empresarios más pícaros y desalmados. Las políticas restrictivas no logran ni lograrán detener un flujo humano determinado por imperiosas necesidades económicas de los dos lados, pero pueden convertirlo en economía delictiva que, en lugar del ayudar al desarrollo económico, debilite de muchas maneras al país.

Otro factor importante es político. En un régimen de democracia burguesa los partidos de la derecha no pueden sostenerse sin cierta influencia directa sobre el pueblo trabajador. Normalmente la religión y las tradiciones nacionales son las bases ideológicas conservadoras sobre las que los capitalistas pueden inclinar hacia sus partidos a un sector atrasado de la población obrera. La incorporación masiva de extranjeros a la ciudadanía debilita estos "santos" pilares de cualquier partido de derechas. En cambio, y al menos en teoría, puede favorecer a la izquierda que se apoya preferentemente sobre la laicidad y el internacionalismo. Cualquier país cuyos inmigrantes participasen de lleno en la vida política se desplazaría hacia la laicidad y el internacionalismo en perjuicio de sus partidos derechistas. Lógicamente, la burguesía, aunque necesite brazos para la producción, retrasará cuanto pueda la igualdad de derechos políticos de los extranjeros, cosa que en puridad es la plena ciudadanía.

Las razones son muy semejantes a las que tuvo la burguesía para resistirse a dar el voto a la mujer aun cuando ya constituía una parte significativa de la población socialmente activa. En cambio, resultó desmentido el prejuicio de cierta "izquierda" conservadora que temía el voto femenino arguyendo que la mujer podía ser manejada desde el púlpito. A la hora de la verdad, el voto femenino hizo más para arrancar a la mujer de la influencia embrutecedora de la Iglesia y del hogar que para transmitir a la política la influencia nefasta del clero y de las miserias familiares. Otro tanto pasaría con el voto de los inmi-

grantes. Quienes temen que el voto de los inmigrantes pueda debilitar a la "izquierda" obrera, o marxista, o laica, a causa de la autoridad de las mezquitas o de las tradiciones nacionales en las comunidades de trabajadores extranjeros, están incurriendo en el mismo prejuicio. Al contrario: el voto puede liberar a los a las inmigrantes de las influencias de sus propios "pastores de almas" y caciques.

En resumen, la burguesía puede ganar mucho con leyes restrictivas y discriminatorias de la inmigración que frenen y desvíen hacia la ilegalidad a una parte significativa de los inmigrantes y mantenga a la otra parte con derechos limitados y socialmente aislada en guetos. No impedirá el flujo migratorio, pero llevará este agua a su molino.

Conservadurismo "obrero"

Lenin vivió sus últimos años de exilio en Suiza y estudió con mucha atención este país tan pequeño-burgués como imperialista, es decir donde la burguesía se componía en gran parte de rentistas parásitos que vivían (y viven) a expensas del resto del mundo y donde los trabajadores tenían una mentalidad conservadora más propia de la pequeña burguesía que del proletariado. Lenin estaba convencido de que esta situación tenía mucho que ver con la inmigración: "el rasgo específico del imperialismo en Suiza –escribía- es precisamente la creciente explotación de los obreros extranjeros, privados de derechos, por la burguesía suiza, que funda sus esperanzas en la división de estas dos categorías de obreros". Pero Lenin vio sólo el principio de esta tendencia que, en la última época del capitalismo, en la llamada globalización, alcanza dimensiones sin precedentes. Y ¿cuál es hoy, en nuestro movimiento obrero y en nuestros partidos obreros, la posición ante el riesgo de que se formen "dos categorías de obreros", de las cuales una estaría excluida de la política y de la cultura nacionales y la otra estaría abotargada por prejuicios conservadores?

Por el momento domina el miedo y el conservadurismo. Por supuesto todos los partidos y sindicatos obreros denuncian la Ley de

Extranjería del PP. ¡Faltaría más! Pero insensiblemente y de manera vergonzante muchos sindicalistas y políticos de izquierda van inclinándose hacia la política de freno y control de la inmigración, por ejemplo, aceptando los "cupos" o "contingentes" limitados, murmurando contra la legalización de "todos los ilegales", desaconsejando las protestas de los extranjeros, evitando cualquier defensa explícita de la necesidad de apertura a la inmigración.

Su punto de vista seguramente podría resumirse así: "quizá –admiten- la inmigración es una necesidad económica, pero la sociedad actual, a consecuencia de la política seguida por la burguesía, no está en condiciones de acoger un flujo migratorio de tales dimensiones sin prejuicio para los trabajadores del país. La sanidad, la enseñanza, la vivienda, en pleno proceso de privatizaciones y de recortes de derechos sociales, se encuentran en condiciones deplorables y el alud de inmigrantes caerá sobre los sistemas públicos, ya muy debilitados, y sobre las políticas sociales ya muy mal dotadas. Los barrios obreros peor atendidos y los ayuntamientos levantados a duras penas por la izquierda serán los naturales destinatarios de las mayores bolsas de inmigrantes en precario. Incitando a la xenofobia, la derecha capitalista logrará muchos partidarios entre la gente pobre del país. En cambio, defendiendo los derechos de los inmigrantes, la izquierda se arriesga a perder votos entre la gente modesta que tiene que convivir íntimamente con esta ola de obreros mal pagados y culturalmente marginados. Si, para colmo, los propios extranjeros se empeñan en reclamar con firmeza sus derechos, mucha gente atemorizada va a ofenderse y enfadarse y va a reclamar políticas todavía más reaccionarias. Si llegasen menos y mejor controlados – concluyen-, se les podría integrar mejor y dar más derechos sin que pierdan los de aquí". Así razonan. En consecuencia, sin saber muy bien qué hacer, estos sindicalistas y políticos de izquierdas acaban dejando a la derecha la iniciativa y reclamando una política algo menos restrictiva y menos discriminatoria, pero en definitiva una política de restricción y de discriminación.

La problemática que plantean es real, pero su razonamiento es una sucesión de tópicos no analizados. Todos estos tópicos mal hilvanados

deben su fuerza de persuasión a un defecto fundamental de la izquierda de nuestra época, educada por el estalinismo y la socialdemocracia y desorientada por la bancarrota soviética: esta izquierda no sabe mirar adelante, mira siempre al pasado. Es conservadora en esencia, y conservadora de muy poca cosa.

¿Control de flujos?

La emigración presiona a la baja sobre los salarios. Es una evidencia. Pero hay dos maneras alternativas de abordar el conflicto: una es luchando por mejores salarios y, para recuperar la relación de fuerzas, integrar plenamente a los inmigrantes en la acción sindical del movimiento obrero: es difícil y lento, pero no imposible; la otra es frenando la llegada de mano de obra inmigrada por medio de leyes, inspecciones y control de flujos: esto, en apariencia tan "sensato", no impedirá la llegada de obreros ilegales, pero en cambio dividirá a los obreros en dos clases y a la larga hará imposible defender el salario.

Otro tanto ocurre con la escuela pública. La inmigración comienza degradando la escuela pública falta de recursos; pero la respuesta no es reducir la inmigración sino ampliar la escuela pública a costa de la privada financiada con fondos públicos, hacerla del todo laica y combatir el uso de fondos públicos para financiar las escuelas privadas que excluyen a los inmigrantes. Su respondemos así, habremos incluso contribuido a la mejora del sistema educativo. Cuando hay recursos, la multiculturalidad favorece la educación de la infancia y la juventud.

La lucha meramente defensiva contra la llegada de inmigrantes a los barrios mal dotados está perdida de antemano, y si la izquierda da alas y cobertura de izquierdas a la agitación contra el asentamiento de inmigrantes en tal o cual ciudad o barriada, sólo logrará con ello ampliar la influencia del racismo y de los partidos de la derecha en ellos: es su terreno. Al contrario, la izquierda debe encabezar la reclamación de medios, leyes y condiciones para que los ayuntamientos puedan aco-

modar a la población inmigrante sin crear guetos y debe experimentar políticas municipales muy avanzadas al respecto.

¿Cuál es el "defecto" de estos razonamientos? Evidentemente que exigen lucha y que la lucha se puede perder. Y ¿cuál es la "virtud" del razonamiento de los conservadores del movimiento obrero, partidarios de los "cupos"? Evidentemente que no exige lucha o que exige menos. En definitiva, que la burguesía es más fuerte. Pero si toda la virtud de su política consiste en que cree que no podemos vencer en este terreno a la burguesía, ¿es necesario convertir nuestra impotencia en una política? ¿No es mejor luchar hasta donde nos sea posible hacerlo, dada la relación de fuerzas, sin negar nuestro objetivo ni nuestras limitaciones?

La política obrera sólo puede ser: ya que acuden llamados por el mercado laboral, que se facilite al máximo su venida legal, con una ley generosa; ya que otros están aquí para trabajar, que se les otorguen papeles; ya que trabajan entre nosotros, que lo hagan con los mismos derechos de todos (sociales, sindicales, electorales, religiosos, culturales); ya que el país necesita inmigrantes, que la cultura de los inmigrantes, sus lenguas y sus religiones, vayan incorporándose a la cultura del país que será cada vez más internacional; ya que sus hijos estudian con los nuestros, exigimos más dotaciones para la escuela y más laicidad en la escuela; ya que la economía exige acogerlos en nuestros barrios, exigimos presupuestos y políticas importantes para que no se conviertan en guetos marginales.

La defensa de las conquistas obreras "frente a la ola migratoria", junto a la burguesía, es imposible. La defensa de las conquistas obreras frente a la burguesía, incorporando a esta lucha la ola migratoria, es la política a seguir. Lo que no podremos evitar es correr riesgos electorales por su causa. Cualquier política obrera en este terreno puede empezar teniendo un coste electoral, de la misma manera que una política favorable a las nacionalidades y minorías oprimidas siempre comienza pagando un coste electoral hasta que demuestra ser la me-

jor política para el pueblo trabajador, y del mismo modo que una política internacionalista suele ser muy impopular en los momentos de exaltación patriótica.

Hoy la sociedad vive el primer choque de una importante inmigración extranjera. Una etapa de confusión, desconcierto y prejuicios es inevitable, pero no justificaría que los partidos obreros y el sindicalismo de clase abandonase sus principios o los ocultase. Hay que mirar más adelante e invertir de cara a futuras batallas. Una política electoral de corto alcance, en el tema de la inmigración, es un suicidio político a medio plazo. Lo fue para la izquierda francesa de la etapa Mitterrand y lo sería igualmente en el Estado español.

Concluyendo

Aceptada la inmigración como una determinación del desarrollo económico, más vale facilitar legalmente el flujo migratorio y luchar para conseguir todos los derechos al inmigrante e integrarlo al movimiento obrero y ciudadano cuanto antes. Es cierto que esta política impone una etapa de crisis en tanto la mayoría de los trabajadores no vea que el empeoramiento material derivado de la competencia y del asentamiento de esta nueva población se compensa –o se puede compensar- con su aportación al desarrollo económico común y que, además, el reforzamiento numérico de la clase trabajadora permitirá recuperar y ampliar las conquistas obreras. Los sindicatos y partidos obreros tienen el deber de clase de hacer esta apuesta, de considerar la inmigración, no como algo que se puede frenar, sino como algo que impone necesariamente nuevas luchas para ampliar las conquistas sociales, pero que también aportará nuevas fuerzas para triunfar en ella.

En los debates sobre países pobres y ricos, aparece algunas veces la idea de que quizá "nosotros" –los habitantes del hemisferio "próspero"- tengamos que ser algo más pobres para que los otros no lo sean tanto. La interpretación más inmediata de esta idea, es decir la interpretación caritativa, es completamente equivocada: una distribución equitativa del consumo entre ricos y pobres no puede lograrse jamás

sobre la base de la propiedad privada de los medios de producción, propiedad que crea y recrea invariablemente un consumo cada vez más desigual. No es que tengamos que ser más pobres para que ellos vivan mejor, como dicen las almas generosas pero desconocedoras de las leyes del funcionamiento del capitalismo. Sin embargo, algo hay de justo en esta idea y se trata de lo siguiente: más vale compartir la suerte y mejorar juntos. Incluso si, para atraer a la inmigración a nuestro bando, a nuestra lucha de clases, a nuestras aspiraciones políticas, es necesario pasar incomodidades, correr riesgos, pagar algún precio electoral, etc., bien vale la pena. Es su derecho y es también nuestro interés. Es mucho más lo que acabaremos ganando al acoger a los inmigrantes sin reservas, defender con valentía sus derechos y no hacer ninguna concesión a las políticas de restricción, control, condiciones y discriminaciones de los trabajadores extranjeros que son todas e invariablemente reaccionarias.

Globalización y bancarrota soviética

(Globalització. La dictadura mundial de 200 empreses. *Edicions de 1984, 1999****)***

Arturo aborda en este extracto que publicamos a continuació el hundimiento del régimen soviético y opina sobre su lugar histórico.

Hay un caso especialmente dramático de aplicación destructiva de la política neoliberal: el de Rusia. Es un caso dramático por sus efectos sociales, pero también por lo que representaba la URSS para todos los partidarios de una economía socializada, sin propietarios privados capitalistas.

Los teóricos bolcheviques habían visto la época imperialista como una etapa histórica de transición revolucionaria del capitalismo al socialismo, y el triunfo de una revolución obrera en la Rusia en 1917 fue percibido por millones de seres humanos como la confirmación de esa idea. Al final de la segunda guerra, la expropiación de los capitalistas sobre un tercio de la superficie terrestre siguió cimentando la misma convicción, y la existencia de economías de transición al socialismo se convirtió ya en un condicionante permanente del capitalismo contemporáneo. Este territorio formaba parte del mercado capitalista sólo en un grado muy limitado, representando más bien, pese a la burocracia que deformaba las conquistas de la revolución, uno de sus límites, una de las mayores barreras a la globalización del sistema.

Pero no puede hablarse de esos intentos socialistas sin hablar también de burocratismo, de estalinismo, ya que estos estados no se caracte-

rizaban solamente por una socialización de grandes medios de producción, sino también por dictaduras totalitarias, por un aislamiento económico casi autárquico y por la existencia de un amplio grupo social que gozaba de privilegios significativos: la burocracia gobernante. Estos regímenes habían adquirido sus características fundamentales partiendo de dos hechos diferentes: la expropiación de los grandes propietarios capitalistas por un movimiento revolucionario, de un lado; y de otro lado, la formación de una burocracia "comunista" elevada sobre el común de la población en poder y privilegios.

¿Qué relación tenían estos regímenes, bajo los que vivía la tercera parte de la humanidad, con la economía capitalista? Pues tenían, en todo caso, más relación de la que admitían sus dirigentes. De acuerdo con la doctrina oficial estalinista no tenían ninguna relación con el capitalismo, habían acabado con el capitalismo; eran otro campo, enteramente otro régimen social, casi otro mundo. Pero esta doctrina oficial tenía poco que ver con la realidad.

Stalin se había fijado como objetivo "la construcción del socialismo en un solo país", pero el régimen que nació de su política y luego se extendió a otras partes no fue precisamente un paraíso para los trabajadores y conservó escandalosas semejanzas con la sociedad dividida en clases. Precisamente el intento violento e irracional de Stalin de llevar a la Rusia de 1927 a una colectivización total y a una economía autárquica, además de costar millones de víctimas, fue lo que produjo una numerosísima casta gobernante de burócratas "comunistas"; fue lo que imprimió a los proyectos socialistas esa forma totalitaria y primitiva que la historia ha llamado "estalinismo". Pero nunca, ni en los años de los mayores delirios de Stalin, pudo el supuesto "socialismo en un solo país" prescindir totalmente de algunas formas capitalistas en su economía nacional, ni menos todavía de los intercambios económicos con el capitalismo mundial. Y tales intercambios revelaban a cada paso el atraso tecnológico y la baja productividad de la economía "soviética" comparada con la capitalista, y por tanto el fracaso inevitable de un "socialismo" aislado y burocratizado.

En realidad, estos estados eran economías de transición entre el capitalismo y el socialismo. Esta transición no podría culminar en un estrecho marco nacional aislado, y menos todavía bajo formas políticas de dictadura y privilegios para unos cuantos. Como sistemas sociales transitorios, combinaban formas económicas nacidas de una revolución socialista, tales como la propiedad estatal, la planificación central, el trabajo obligatorio, la protección social generalizada, junto con formas capitalistas (alguna producción privada legal y mucha ilegal, salarios enormemente desiguales, jerarquías sociales en el trabajo) que no podían ni pueden desaparecer hasta que el nivel de las fuerzas productivas y el de la cultura no rebasen cierto umbral realmente elevado, un umbral que, por supuesto, nunca fue rebasado bajo la dirección de la burocracia de tipo estalinista.

Aunque el neoliberalismo sea igualmente enemigo de la empresa pública capitalista que de la empresa socialista, una y otra no representan lo mismo. La empresa estatal en una economía dominada por el capital privado, que se relaciona con él dentro del mercado más o menos "libre", más o menos monopolizado por empresas privadas, siempre será un medio de "socializar las pérdidas y privatizar las ganancias" de estas últimas. En cambio, la empresa estatal de las economías donde ha sido expropiada la clase capitalista y donde el mercado está corregido con elementos de planificación económica, es un instrumento de producción de riqueza social que puede ser eficaz o ineficaz, que puede venir acompañada de un reparto más o menos desigual, que puede resultar o no saqueada, una cosa u otra según el grado de democracia obrera y el grado de burocratización.

La política neoliberal expresó mejor que cualquier otro ideario los intereses del capital transnacional en la crisis que acabó con los regímenes de tipo estalinista. Pero en la URSS o en Europa oriental la política neoliberal no penetró como consecuencia de una presión directa, exterior, como hubiese sido una agresión violenta. No hizo falta. La política neoliberal se coló por entre las grietas de la lucha entre los trabajadores comunes y la burocracia parásita.

Los años '70 había sido, para la URSS, años de total "estancamiento". La burocracia dirigente se sentía ya entonces incapaz de reformar el sistema productivo por miedo a cualquier reacción popular contra el régimen de privilegios y totalitarismo. Temerosa del más pequeño movimiento, simplemente dejaba reventar de puro viejo al aparato productivo. Compraba a los capitalistas extranjeros lo imprescindible, e incluso menos que lo imprescindible, y lo pagaba gracias a los altos precios que alcanzó el petróleo por aquel entonces.

La economía soviética apenas estaba integrada al mercado capitalista mundial, pero su dependencia de él curiosamente aumentaba cada año. A mediados de los ochenta se expresaba de dos maneras: en una deuda exterior en rápido ascenso, y en la crisis que provocaron en el Kremlin los planes militares de Reagan, que incluían un proyecto espacial muy agresivo conocido popularmente como "guerra de las galaxias" y un nuevo despliegue de misiles nucleares en Europa. La burocracia ya no pudo responder a estas últimas amenazas, pese a la enorme porción de la renta nacional que gastaba en sostener su carrera de armamentos con el ejército de los EE UU. La presión de la deuda soviética en ascenso y de la ofensiva armamentista de Reagan, junto al peligro de que la globalización de los mercados acabase expulsando hasta de los más marginales a las economías de transición al socialismo, y las ahogase del todo, fueron factores decisivos para que Gorbachov lanzase su perestroika, que era una primera reforma capitalista indecisa e inconsecuente, todavía muy alejada de las recetas neoliberales.

Pero fue el fracaso de la perestroika lo que condujo a la revolución política de 1989-91 en Europa del Este y la URSS y, de otro lado, a la variante china de reforma capitalista, completamente distinta.
La perestroika era un intento de restaurar gradualmente el capitalismo por medio de reformas negociadas con el imperialismo y asumidas por la burocracia en su totalidad. Pero bastó entreabrir una puerta a la libertad del pueblo, para que el pueblo la forzase y conquistase su plena libertad de acción.

Y este hecho revolucionario y progresivo fue el que, como reacción, produjo otro hecho reaccionario: inclinó a la burocracia hacia las recetas del capitalismo más neoliberal, vía Fondo Monetario Internacional, que sumieron a Europa del Este y Rusia en una depresión de más de una década de duración. Los dirigentes rusos y del Este de Europa aplicaron las llamadas "terapias de choque" neoliberales. Temerosos de perder privilegios, optaron por un reparto precipitado y desordenado de la propiedad estatal entre los más rapaces de ellos, lo que facilitó el surgimiento de un capitalismo extraordinariamente mafioso y parásito, y por tanto, trajo mucho más desorden y miseria que capitalismo de cualquier clase.

En cambio, la burocracia china, por causas que no viene al caso tratar aquí, abrió su economía al mercado mundial sin desmantelar el aparato estatal ("socialista") de producción, y logró así una etapa de crecimiento económico en los mismos años en los que la burocracia ex soviética traía la bancarrota a Rusia.

El reinado de Yeltsin, uno de los mandatos políticos más destructivos de la segunda mitad del siglo XX, acabó alarmando a los propios dirigentes occidentales. El capitalismo de las multinacionales, aliándose a la vieja burocracia ex comunista, podía desorganizar y aniquilar el aparato económico de la URSS, pero no sustituirlo en la alimentación, el abrigo y el desarrollo de una población de millones de trabajadores.

No vayamos a creer que el triunfo momentáneo de los burócratas "liberales" rusos sobre los "conservadores" estalinistas exprese una superioridad del pensamiento económico neoliberal sobre el socialista. Expresa más bien la incapacidad de una economía aislada, de cualquier economía aislada, para sufrir las presiones de un mercado mundial globalizado y ocupado por 200 pulpos capitalistas multinacionales. Si la burocracia no pudo abrir con éxito su economía al contacto, la competencia e incluso ciertas formas controladas de cooperación con este capitalismo, la razón no ha estado en su carácter "socialista", ni mucho menos, sino en todo lo contrario: en su naturaleza de casta privilegiada, hostil al pueblo y odiada por él, incapaz de apoyarse en la pobla-

ción trabajadora, empeñada en blindar sus privilegios con métodos autoritarios totalmente incompatibles con un socialismo desarrollado, tecnificado, democrático, abierto al mundo.

La burocracia fue y es la razón por la que las conquistas de una organización de la producción de tipo socialista hayan soportado tan mal la concurrencia con la producción capitalista en un contexto de globalización de los mercados.

La política neoliberal venció colándose por entre las grietas de la lucha entre los trabajadores comunes y la burocracia parásita. Venció temporalmente porque ofrecía a los burócratas "comunistas" el modo de mantener y ampliar sus viejos privilegios en un nuevo contexto. Pero al no poder también alimentar al pueblo, su victoria no está llamada a durar. (...)

Entre el capitalismo y el socialismo

Pero la forma degenerativa del movimiento obrero que más claramente refleja los problemas de la transición de una civilización capitalista a otra de tipo socialista ha sido el estalinismo.

El derrocamiento de la clase capitalista, primero en Rusia y luego en la tercera parte de la tierra, y el inicio de una transición que iba a resultar tormentosa hacia una sociedad socialista, han sido hechos incuestionables, no palabras.

Los problemas de esta transición forman precisamente una vertiente de la evolución del capitalismo contemporáneo. Su decadencia se acompaña de pruebas tan tangibles como los intentos llevados a cabo por millones de seres humanos de vivir, trabajar y dejar atrás la miseria y las servidumbres, dándose una nueva forma de organización social basada en la propiedad común de los medios de producción. Mejor o peor, incluso muy mal, lo han hecho. ¿Cómo se puede desdeñar?
Una novedosa escuela de pensamiento político presenta estos intentos como experimentos de laboratorio a gran escala: "experimentos sociales"

con seres humanos. Una forma despiadada de convertir a la humanidad en cobayas. Cualquier fórmula vale para la polémica, y si además la fórmula es anticomunista, tiene garantizada la impresión, la publicidad y el aplauso de la crítica. Pero ninguna concepción contemporánea de la historia logrará explicar satisfactoriamente la existencia de un régimen de propiedad de tamañas dimensiones en el tiempo y en el espacio, pretendiendo que sería una brutal aventura "comunista", como el régimen de Pol Pot y sus jemeres rojos en Camboya. Es obligatorio admitir que la nuestra es una época de transformación social, para explicar un siglo entero de conflicto, de competencia, de lucha, a escala planetaria, entre el capitalismo y el socialismo.

Otra cosa son las oscilaciones, los avances y retrocesos de uno y de otro sistema. Otra cosa son los errores, los fracasos, las deformaciones. El mundo no puede pasar de golpe del capitalismo al socialismo. No es marxista pensarlo, pero ni siquiera es de sentido común. Unos países tomaron este camino antes que otros. Y algunos países fracasarán antes de que los demás hayan tomado ese mismo camino. No había ni hay por qué excluir, hablando en general, que algún país vuelva al capitalismo antes de que otros inicien siquiera el camino al socialismo.

Es igualmente razonable pensar que las formas económicas y políticas que adopten los intentos de pasar del capitalismo al socialismo no tienen por qué ser iguales en los países que iniciaron ese camino hace ochenta años, en aquellos que lo iniciaron hace cincuenta, o en aquellos otros que lo inicien en el siglo XXI. Por no decir que la transición al socialismo, aunque comience en un mundo "global" y aunque sea un paso más hacia una cultura realmente internacional, guardará durante mucho tiempo formas todavía muy nacionales, grandes variantes culturales. Todavía más: en ese camino, no se pueden descartar las desviaciones, incluso las desviaciones peligrosas, y hasta penosas degeneraciones. No hay que descartar que, a medio camino, en uno o en varios países sea necesaria una revolución suplementaria.

Nada hay en el marxismo que nos aconseje descartar ni siquiera una de estas variantes. Añadiendo siempre que, cuantos más países y más

grandes, cultos y democráticos, se inclinen hacia el socialismo, tanto más firme e irreversible será su avance.

Decir esto es decir muy poca cosa, es reconocer lo que el mundo ha visto ya. Pero esta "poca cosa" tiene su importancia. Porque el estalinismo es una escuela política que ha negado todas esas variantes, precisamente para sacralizar la dictadura del Kremlin en Rusia, en todas las repúblicas de la URSS, en todo el "bloque socialista" y aun en todo el movimiento obrero mundial, y al negarlas ha engañado a los socialistas honestos y les ha puesto muy difícil comprender el sentido histórico de lo que está pasando en Rusia y sus satélites durante estos años de la globalización.

Burocracia y globalización

Los nuevos fenómenos económicos, sociales y políticos de las sociedades de transición entre el régimen mundialmente dominante, pero declinante desde el punto de vista histórico, y el régimen social sin clases, duro de alumbrar, son un dato importantísimo de nuestro tiempo. Las poderosas fuerzas productivas actuales permiten crear una sociedad sin clases, desde el punto de vista económico. Las dimensiones actuales de la clase obrera hacen posible el triunfo, desde el punto de vista político. Pero por el camino están las vicisitudes complejas y azarosas de la transición, en las que, lógicamente, apenas se pararon a pensar los admirados autores del Manifiesto Comunista.

El estalinismo es la expresión política de una nueva fuerza social que irrumpe en la historia, como fenómeno de esta transición entre dos culturas: la burocracia "socialista". Crece y se adueña del poder y de las riendas del movimiento obrero mundial, explotando con habilidad las contradicciones económicas y sociales que se originaron a consecuencia del prolongado aislamiento de la primera revolución socialista dentro de un país tan primitivo y rural como la Rusia dejada por los zares.
Ya se subrayó antes que la consigna política de la fracción de Stalin, la que convirtió a Stalin en el portavoz de una burocracia enemiga de la democracia obrera, fue la consigna de "construir el socialismo en un solo país".

La dictadura de Stalin hizo millones de víctimas "por el bien de la causa" mientras perseguía ferozmente una utopía estrecha y reaccionaria: una autarquía socialista junto a un mundo capitalista. En realidad, la burocracia estaba bloqueando así la posibilidad económica y política de crear una civilización superior al capitalismo y asfixiando la fuerza creadora del pueblo en un corsé de hierro. En cierto sentido puede interpretarse la burocracia estalinista como el intermediario entre una economía que apunta hacia el socialismo tras una revolución obrera, pero se ha estancado, y un capitalismo circundante que intenta volver a absorberla, y no puede. De manera que esta burocracia era también un engarce entre las primeras conquistas del socialismo y el capitalismo mundial, con el que coqueteaban los jerarcas del Kremlin, al que criticaban en público, pero envidiaban e imitaban en privado.

Pero la globalización hizo casi imposible el aislamiento autosuficiente, la autarquía. Hizo totalmente imposible financiarlo con la exportación de materias primas y petróleo extraído con exceso de esfuerzo humano y condiciones técnicas ruinosas. La globalización rompió así el engarce burocrático que consistía en un régimen insostenible de opresión y privilegios; y todas las economías de transición entre el capitalismo y el socialismo que existen en el mundo, fueron violentamente arrastradas al mercado mundial.

Las formas, no digamos "socialistas", pero sí transitorias de economía, y la cultura elevada sobre ellas, han tenido que enfrentarse directamente (sin el engarce de la dictadura burocrática) al capitalismo mundial. O demuestran ahora su superioridad para mejorar la vida del pueblo, para hacerlo más libre, o desaparecerán. O se va ahora hacia un socialismo avanzado, culto, democrático, o se vuelve hacia el capitalismo.

En esta simple cuestión se encierra el drama ruso actual, y sus oscilaciones pendulares, en las que de momento intenta ganar la partida un capitalismo raquítico y vicioso.

Pero ¿qué es lo que ha demostrado la década consumida en vanos intentos de convertir a Rusia en un país capitalista? Han demostrado

que no bastan diez años, que nadie sabe cuántos años puede llevar el cambio, y ni siquiera si llegará jamás a homologarse con un país capitalista "normal". En Rusia el triunfo político capitalista fue muy fácil, al contrario de lo que la mayoría de los occidentales pensábamos. Pero, en cambio, el triunfo económico del capitalismo ha resultado hasta hoy incompleto, también al contrario de lo que podía pensarse.

Para el triunfo político, bastó que el grupo social dirigente, la burocracia, optase por convertirse a sí mismo en clase capitalista, y sedujese al pueblo con promesas democráticas. Pero para lograr un triunfo económico, el nuevo régimen de propiedad tendría que mostrarse capaz de alimentar a millones de proletarios, de mejorar sus vidas, de despertar ilusiones, de organizar su vida social y de abrir una ventana al futuro. Hasta la más sanguinaria dictadura tiene que ocuparse, si quiere perdurar, de que llegue el pan a sus súbditos. El nuevo capitalismo ruso ha destruido mucho sin construir nada, y no ha sido capaz de sustituir con ventaja a las viejas formas transitorias de una economía sin propietarios privados.

La globalización acabó con las posibilidades de un "socialismo" autárquico, cerrado, primitivo y deforme, parasitado por una inmensa casta de burócratas. Pero no demostró a los rusos, ni mucho menos, la bondad del capitalismo. Está lejos de vencer. Es lícito imaginar que surgirá un nuevo enfoque socialista, una nueva tentativa revolucionaria, para levantar de su profunda caída a Rusia, que llegó a ser una potencia industrial y que no tiene ninguna posibilidad de volver a serlo por la vía capitalista.

---

1. Globalització, la dictadura mundial de 200 empreses (Edicions de 1984, Barcelona, 1999).

2. Así pudo convivir en China un régimen de dictadura y desigualdades sociales con una relativa -¡muy relativa!- integración de su economía al mercado mundial. Pero las desigualdades sociales engendradas por el enriquecimiento espectacular de los funcionarios "comunistas", cada vez más alejados del nivel de vida del pueblo, seguramente desembocarán más tarde en una crisis del régimen chino.

Los internacionalistas y los pequeños pueblos

La libertad de los pequeños pueblos

(La Aurora,** revista del Partido Obrero Revolucionario número 821, abril de 1999**)

La rebelión catalana ha vuelto a poner en primer plano el problema de la emancipación de los pueblos. Frente a quien considera que el derecho de autodeterminación es algo del pasado o que solo incumbiría a los países coloniales, Arturo recupera y actualiza la posición marxista sobre el derecho de los pueblos a emanciparse, como expresión del rechazo a la globalización impuesta por el capitalismo y como un aliado imprescindible para las clases trabajadoras en la lucha por construir una nueva sociedad, más democrática, más igualitaria y en la que se reconozcan como iguales los derechos de todos los pueblos.

Desde hace diez años la cuestión de la independencia de los pueblos sin Estado, de cuyas aspiraciones nacionales nada se sabía o nada se quería saber, ha saltado al primer plano de la vida política. Este problema viene de muy atrás, pero cada día ocupa un lugar más central en el curso de los acontecimientos. Lo ocupó ya en el hecho simbólico por excelencia de los nuevos tiempos, que fue la caída del Muro de Berlín; lo ocupa en la mayor transformación social del último cuarto de siglo, que es la demolición de la Unión Soviética, y en la crisis más grave vivida en Europa desde la Segunda Guerra mundial: las nuevas guerras de los Balcanes. Pero es que además la cuestión irlandesa y la cuestión vasca son ya los problemas políticos más agudos del Reino Unido y de la España postfranquista.

Durante estos diez años no cesó un solo día del bombardeo ideológico "contra los nacionalismos". Los hombres de Estado, los jefes de grandes partidos, los intelectuales más de moda, salvadas unas pocas excepciones, dedican una parte considerable de sus discursos a combatir los "nacionalismos" con armas de pequeño y grueso calibre. Y si la vida política ha girado cada vez más en torno a las

reivindicaciones nacionales de los pueblos hasta el presente relegados, divididos, o sencillamente no reconocidos como naciones reales o potenciales, el discurso de la clase dirigente ha sido cada vez más monótono: que los nacionalismos no son ni pueden ser otra cosa que un factor histórico retrógrado.

Pero, se esté a favor o en contra de ella, la independencia de las pequeñas naciones, de las nuevas naciones o de las viejas naciones sin Estado, es el factor más revolucionario de nuestra época. No hace falta ser nacionalista para reconocerlo así.

***

Aquí no toca polemizar con las fuerzas realmente dirigentes de la sociedad actual. Estas fuerzas pueden resumirse en unas 200 compañías capitalistas financieras e industriales de ámbito transnacional, por cuyos tentáculos pasan todos los flujos económicos del mundo contemporáneo, y en los 7 u 8 grandes Estados a los que pertenecen estas empresas, o para ser más exactos, cuyos gobiernos están al servicio de estas empresas. El objetivo de estas fuerzas sociales es abrir al máximo los espacios económicos y políticos, pero siempre de tal manera que prevalezcan los intereses de estas 7 u 8 grandes naciones capitalistas. Su discurso contra los "nacionalismos" es el lógico de los imperialismos que intentan unificar el mundo bajo el dominio de un solo o unos pocos centros de decisión política.

Pero lo inquietante de nuestra época es que las organizaciones más influyentes del movimiento obrero y de la izquierda, al menos en los países ricos, o grandes, o todavía dominantes, o que tuvieron un pasado imperialista, comparten con su clase capitalista este mismo discurso. Una parte del movimiento obrero de nuestros días se revuelve contra las reivindicaciones de independencia nacional con la misma pasión con la que desea un crecimiento, que por otra parte no llega, de la lucha de reivindicación socialista.

Sin embargo, los hechos son testarudos y resultan impotentes las pataletas contra "lo que es", en nombre de "lo que debería ser". Es en la realidad social, y no en nuestras pobres cabezas, donde debemos buscar las claves del progreso real, que no siempre sigue las pautas del esquema teórico, para actuar en consecuencia, es decir, con eficacia.
Desde el punto de vista del socialismo, la situación actual no es todavía revolucionaria. Ningún socialista sensato, por muy revolucionario que sea, afirmará hoy que una revolución socialista esté a la orden del día. En ninguna parte vemos que cobre fuerza una reivindicación o un movimiento de carácter socialista, es decir que ponga sobre la mesa grandes cambios en el régimen de propiedad. Al contrario, vemos que los partidos y corrientes que con más tesón trabajan para levantar movimientos obreros y populares influyentes, se ven obligados a dejar en un segundo plano muchas aspiraciones socialistas –a las que están sinceramente apegados¬- con tal de buscar aquellos otros objetivos más modestos, de tipo democrático y salarial, casi conservadores, que expresan con más realismo la relación de fuerzas y la conciencia del momento.

Esto provoca bastante desazón en el movimiento obrero y entre la militancia de izquierdas. De ahí que muchos busquen consuelo en la jaculatoria semireligiosa, que repiten en cada mitin, de que el socialismo sigue vigente "como utopía" o como una "ética". Este consuelo es patético. Más bien sirve, como otros opios espirituales, para apartar a los socialistas sinceros de la tarea real, que es buscar sin prejuicios, en la dinámica objetiva de los acontecimientos, los factores que más enérgicamente puedan contribuir al surgimiento de condiciones para una transformación socialista y a la creación de un movimiento revolucionario socialista.

Porque no hay que confundir dos cosas. El que la situación objetiva no esté madura para una revolución socialista, ni favorezca todavía un giro del movimiento obrero a favor del socialismo, no quiere decir que en esta misma situación no haya factores muy revolucionarios, muy aptos para quebrar el orden vigente. Lo que quiere decir es que puede

haber factores que sean revolucionarios y que no sean francamente socialistas. Precisamente el principal de todos ellos es la independencia de los pueblos pequeños y oprimidos.

Para un "marxismo" de manual puede resultar chocante que haya factores revolucionarios que no sean socialistas. Es que la vida no cabe en los manuales, y el alma del marxismo, decía Lenin, el marxista que mayor atención prestó al problema nacional y que con más convicción apoyó la liberación nacional de los pueblos, es el análisis concreto de una situación concreta.

Si afirmamos que nuestra meta es el socialismo, el comunismo, una sociedad sin clases sociales, debemos estudiar cómo concretamente la libertad de los pequeños pueblos afecta a la relación entre las clases fundamentales, es decir a la fuerza del capital imperialista y de sus poderes políticos, y a la fuerza de la clase trabajadora, del pueblo y sus organizaciones más independientes. Y lo más difícil: debemos analizar la cuestión sin prejuicios nacionales.

***

La libertad de las pequeñas naciones irrumpió con fuerza en Europa en 1989, cuando movilizó a millones de seres humanos, precisamente obreros, campesinos y estudiantes, en la debacle de las dictaduras estalinistas del Este de Europa y de la URSS. De golpe todos tomamos conciencia de que 70 o 40 años de "construcción del socialismo" no habían logrado crear condiciones de convivencia democrática entre los pueblos. Millones de trabajadores en esos países se consideraban humillados y discriminados por su origen, su cultura, su lengua. Siempre queda el recurso –un recurso típicamente policíaco- de aludir a una intoxicación masiva de "nacionalismo" inoculada desde el exterior. Pero ¿no explican los capitalistas las revoluciones socialistas con la misma teoría policíaca de una intoxicación masiva del "pueblo sano" por parte de "agitadores a sueldo del extranjero"?

Concepciones policiales de la historia al margen, la pregunta es: ¿por qué ahora el viento del pueblo no sopló hacia el socialismo sino hacia la libertad nacional?

Es justo señalar que los burócratas ex comunistas y los nuevos capitalistas supieron explotar para sus propios fines las profundas y masivas aspiraciones a una independencia nacional de esta multitud de pequeñas naciones, pero es falso atribuir la fuerza de tales aspiraciones a una conspiración o a una intoxicación ideológica.

¿Cómo explicar entonces la fuerza del movimiento de independencia entre los trabajadores bálticos, bielorrusos, caucásicos, ucranianos, eslovacos, de las repúblicas musulmanas de la URSS y de todas las repúblicas ex yugoslavas? Se explica porque la opresión nacional era un hecho objetivo y cuantificable en cuanto al acceso al poder y a los mejores puestos, en cuanto a la política cultural, en cuanto a las inversiones centrales en las comunidades periféricas, etc. Y no hay por qué atribuir al socialismo esta opresión, sino a la dictadura estalinista que deformó hasta lo irreconocible el socialismo. Y la independencia nacional respecto a la dictadura centralizada era la lucha que vehiculizaba mejor las más viejas demandas sociales de obreros y campesinos. De hecho, en la revolución húngara de 1956 y en la Primavera de Praga de 1968, aplastadas por los tanques del Kremlin, la bandera de la independencia nacional la izaron los mismos dirigentes nacionales comunistas (Nagy y Dubcek) que serían barridos por Moscú. En esa época, era el derecho a elegir su modelo nacional de comunismo, a que su economía no dependiese de los intereses de la burocracia rusa. Las grandes sacudidas nacionales del Este y de la URSS en 1989-91 demostraron precisamente la potencia revolucionaria de la independencia nacional, su capacidad para poner en pie y organizar a millones de obreros y campesinos, y para hundir a una poderosísima dictadura bien establecida a lo largo de 70 años.

El tinte social es otra cosa. El tinte social de estos movimientos lo dio el partido que se puso más audazmente a su cabeza, y desgraciada-

mente no fue un partido marxista anti estalinista, sino alguna de las fracciones de ex estalinistas convertidos al capitalismo.

***

Pero la independencia nacional de los pueblos pequeños, aunque irrumpió con fuerza en la Europa oriental de 1989, no se ha limitado a este espacio. Todos los continentes del llamado "tercer mundo" están sacudidos por una nueva ola de movimientos nacionales, la más significativa desde la descolonización que siguió a las guerras mundiales. En todo Asia y en África crecen a un ritmo vertiginoso los levantamientos de comunidades que los europeos de mentalidad colonialista llaman "étnicos" y que, en realidad, son movimientos de afirmación de nuevas naciones en la historia, de naciones hasta hoy ignoradas por el poder.

La primera ola de la independencia nacional, que arrancó de la primera guerra mundial y llegó hasta los años sesenta, pasó muy por encima de estas pequeñas naciones. Las fronteras de la descolonización las trazaron en general las propias potencias coloniales, muchas veces el directo interés de una empresa capitalista del petróleo, de los diamantes o de otras materias primas. Cuando no fue así, las distintas minorías nacionales de un territorio aceptaron, de mejor o peor grado, agruparse en torno a una nacionalidad dominante que se había puesto en vanguardia de la lucha contra el colonialismo.

Pero los Estados independientes surgidos de esta ola de descolonización no lograron sacudirse unas cadenas todavía más pesadas: las de la dependencia financiera. Y conforme estas nuevas cadenas fueron oprimiendo a estos Estados y convirtiendo a sus gobiernos en marionetas de los imperialistas, el "pacto entre nacionalidades" que había presidido la descolonización se rompió. En casi todos estos nuevos Estados, la administración se convirtió en el coto de cierta nacionalidad privilegiada, dominante, y en un medio de repartir desigualmente la miseria reinante, marginando radicalmente a grandes comunidades humanas.

Al Kurdistán, con sus casi 30 millones de nacionales, se le considera el ejemplo más significativo y la mayor nación sin Estado. Pero seguramente no lo es. Es realista prever que las noticias que nos llegan de "conflictos étnicos" en todos los continentes de la tierra, nos están anunciando una segunda ola de independencia nacional de nuevas características, pero tan decisiva para la configuración del mundo como lo fue la que se llamó de "descolonización".

La independencia de las comunidades que ya comienzan a organizarse y luchar por una existencia nacional independiente contra los gobiernos de la India, China, Pakistán, Turquía, Nigeria, Indonesia, Canadá y muchos otros grandes Estados del planeta, cambiaría radicalmente, no sólo el mapamundi, sino la política mundial y las relaciones entre las clases sociales.

***

Pero hay que remitirse a las tendencias más decisivas del capitalismo mundial para entender cómo este proceso ha llegado a manifestarse incluso en países industrializados, como Canadá, como Irlanda o en las comunidades nacionales del Estado español.

Los actuales centros de poder mundial son las mencionadas 200 firmas transnacionales, y la docena, si llega, de Estados que las representan. Estos centros de poder pretenden debilitar cuanto les sea posible a la mayoría de los poderes públicos existentes en el mundo, reducirlos a la condición de protectorados provinciales, absorberlos en unidades superiores. Eso no quiere decir que desdeñen, si llega el caso, la manipulación de alguna minoría nacional oprimida o de un pequeño pueblo con aspiraciones de libertad, si la maniobra sirve a estas grandes compañías y a estas grandes potencias imperialistas para introducirse en cierta zona y controlarla mejor. Pero en todo caso, no es la creación de nuevas naciones políticamente independientes lo que buscan. Al contrario, es el más completo sometimiento de la humanidad al número cada vez más chico de centros de decisión realmente controlados por las cimas del capital financiero.

Pero esta presión trabaja en dos direcciones. En una dirección, la economía rebasa las fronteras actuales, las culturas actuales, superando a la inmensa mayoría de los centros de poder existentes. Debilita realmente al 90% de todos los Estados que hoy existen, tengan una base democrática o dictatorial, una base de propiedad socializada o de propiedad privada. Al actuar en esta dirección, la globalización plantea una posibilidad completamente nueva de unidades políticas mayores que integren un mayor número de nacionalidades, y también la posibilidad de que las nacionalidades hasta ahora relegadas o negadas, por primera vez participen como entidades nacionales independientes.

Digamos que el capitalismo se hace tan internacional que no hay casi ninguna nación, incluso mediana o grande, que sea económicamente independiente, debido a la pérdida de peso de los mercados interiores a los actuales Estados. Y en cambio, cualquier comunidad nacional, incluso pequeña, puede aspirar al mismo grado de independencia política que otras mayores, dentro de las nuevas unidades continentales.

Es evidente, por poner un ejemplo, que, dentro de una hipotética federación de estados europeos, la viabilidad de repúblicas independientes en Cataluña o el País Vasco es tan real como la de Suiza, Dinamarca, Irlanda, Noruega, Finlandia, naciones todas ellas de menos de 7 millones de ciudadanos o de Georgia, Bosnia, Moldavia, Croacia, Lituania, Albania, Eslovenia, Armenia, Letonia. Al fin y al cabo, Lituania, por ejemplo, tiene más población que Irlanda y Cataluña más que Lituania.

Pero, por otra parte, la clase capitalista que dirige la construcción de las nuevas instituciones supranacionales, se cuida mucho de que éstas sólo sean delegaciones de poder de los grandes Estados y que de ninguna manera disuelvan, distribuyan y democraticen el poder político, de una manera equilibrada entre todas las comunidades nacionales. Así que la presión efectiva de la globalización contradice las posibilidades democráticas abiertas por la superación de los actuales estados, y trabaja en el sentido de la máxima centralización de todo el poder en el mínimo número de centros de decisión imperialistas.

La construcción supranacional europea, por ejemplo, puede hacerse por dos caminos. Un camino pasa por acuerdos para concentrar todo el poder en torno a una jerarquía de Estados, siendo el más influyente el alemán, y sus socios mayores el Estado francés y el británico; y en este caso, el poder del capital financiero imperialista saldría notablemente reforzado y los problemas nacionales seguirían envenenándose y explotando. El otro camino pasa por la imposición del derecho de autodeterminación nacional de todos los pueblos, y en este caso determinaría formas de asociación nacional voluntarias, igualitarias, libres, que debilitarían decisivamente al poder de la aristocracia financiera imperialista que rige el mundo.

Es decir: la independencia política de nuevas y pequeñas naciones no es un fin en sí misma. Más bien hay que pensar en ella como en una etapa que conducirá, en un segundo movimiento, a nuevas grandes asociaciones multinacionales, pero construidas desde abajo por medios democráticos radicalmente distintos de los del capitalismo multinacional.

Pero precisamente será un segundo movimiento, quien facilitará por ese giro al socialismo que todavía no está en el orden del día. Lo que, en una época histórica de transformaciones socialistas nos parecería a todos regresivo, reaccionario, como la división nacional, en cambio, en una época todavía aplastada por los planes neoliberales del capitalismo, por esa pequeña cantidad de centros imperialistas de decisión, tiene un carácter progresivo, democratizador, y por esa causa moviliza el entusiasmo de los pueblos oprimidos.

***

Estos hechos bastante evidentes pueden ser objetados de cierto modo. Puede objetarse que, precisamente por la inmensa fuerza del capital imperialista, vinculado a las grandes potencias, a los actuales Estados y a las fronteras vigentes desde la guerra, es un sueño pensar en que las naciones pequeñas logren conquistar su independencia. Lo cierto es que será muy difícil. También es cierto que el

proceso de liberación de las naciones no irá muy lejos sin fusionarse en cierta etapa de su desarrollo con el proceso de expropiación de los grandes capitalistas. Podemos incluso aventurar que sólo concluirá en el horizonte de una sociedad socialista, libre del condicionante de la gran propiedad burguesa. Pero ninguna de estas objeciones puede refutar el hecho de partida: el único factor actual de sacudidas realmente revolucionarias, capaces de poner de pie, contra el orden establecido, a cientos de miles de seres humanos de las clases populares, con un proyecto de cambio revolucionario, está siendo hoy la libertad nacional.

Esta es la razón por la que podemos pensar que las grandes luchas por la independencia nacional pueden preceder y preparar las futuras grandes revoluciones por la transformación socialista, y no al revés.

En todo caso, la presión que ejerce la globalización capitalista, que es un capitalismo de 200 empresas transnacionales de 7 u 8 Estados imperialistas, sobre todos los pueblos de la tierra, está provocando el surgimiento de las naciones hasta ahora escondidas o aplastadas por otras, a una existencia nacional independiente.

Y como se trata de un hecho, no de una hipótesis, lo malo es que, desde el movimiento obrero, desde la izquierda y desde el campo del socialismo, se elevan barreras contra esta independencia, e incluso se asume la defensa del orden establecido.

Hoy el movimiento obrero y la izquierda están atravesados por un eje de delimitación no menos importante que el referido al régimen social. Digamos que hay una primera delimitación entre partidarios de mejorar la vida del pueblo bajo las leyes del capitalismo, y partidarios del socialismo (aunque generalmente son partidarios muy platónicos y muy poco consecuentes). Pero hay una segunda delimitación entre los revolucionarios y los reformistas. Los revolucionarios buscan los factores que pueden quebrar el poder actual del capitalismo, acelerar las crisis revolucionarias y la evolución de la conciencia revolucionaria

de los trabajadores; mientras otros, incluso partidarios platónicos del socialismo, creen que hay que defender el orden político constituido y avanzar socialmente dentro de él.

Así se llega a la paradoja de que tenemos una izquierda que defiende, no el internacionalismo, sino las fronteras nacionales. Tenemos así una izquierda nacionalmente conservadora que es la que más grita contra "los nacionalismos" sin darse cuenta muchas veces de que está defendiendo a las naciones dominantes, armadas, opresoras, contra las nuevas naciones que quieren nacer.

Tenemos una izquierda que incluso milita contra la independencia de estas pequeñas naciones, y decenas de veces se encuentra en el mismo bando que los portavoces reaccionarios de los grandes estados imperialistas.

La defensa de los Estados existentes no aporta nada progresivo a la lucha de clases, sino un espíritu conservador, por muy de izquierdas que sea su lenguaje. La independencia de las nuevas naciones, en cambio, sólo puede avanzar aportando objetivamente una democratización de los centros de poder, un debilitamiento de los actuales Estados y del actual orden mundial, una mayor incorporación de las masas obreras y populares a la vida política. Que tiene riesgos, es indudable. Pero no se alcanzará el socialismo sin correr riesgos aún mayores que éstos.

Si hay un factor revolucionario en esta situación todavía inmadura para el socialismo, sólo puede ser la libertad de los pequeños pueblos. Quien no sepa verlo, va a hundirse injustificadamente en un amargo pesimismo.

Las tesis de un congreso

Tesis del quinceavo congreso del Partido Obrero Revolucionario

(7 y 8 de abril de 1999)

Estas Tesis, debatidas, enmendadas y aprobadas por la militancia del Partido Obrero Revolucionario (POR), fueron preparadas por Arturo. Representaron un giro político en la historia del POR, al incorporar los importantes cambios que se habían producido a escala internacional y nacional. Fundamentalmente, el proceso de globalización capitalista, el hundimiento de los regímenes de la URSS y los Países del Este y también una ralentización de la lucha de clases en el Estado español.
A pesar del tiempo transcurrido siguen siendo útiles como balance de una etapa de la lucha de clases en el Estado español y como guía para el análisis y la comprensión de las tareas políticas, aunque algunos apartados han quedado evidentemente desfasados, en particular los referidos a la situación del movimiento trotsquista, y otros, como el surgimiento del 15 M, son posteriores a la redacción de dichas Tesis.

1. La llamada globalización es un salto en la interdependencia económica mundial debido a la concentración extrema del capital en el seno de un reducido grupo de grandes compañías transnacionales.

La comparación del crecimiento de la producción mundial y del crecimiento de la exportación de mercancías y capitales muestra algo más que una simple progresión: un salto en la división internacional capitalista del trabajo, acompañado de un giro en la orientación de la producción hacia el mercado mundial y de la política económica (neoliberalismo). Este cambio es el rasgo económico diferencial del último cuarto del siglo XX, que ha dado en llamarse globalización.

La globalización no es un proceso nivelador, ni integrador ni enriquecedor, considerando desde el punto de vista de la humanidad, sino un salto también en la desigualdad, en la marginación y en la acumulación de riqueza en un polo cada vez más reducido y de miseria para una proporción cada vez mayor de la población de todos los continentes.

Como, en esencia, se trata de un proceso de centralización monopolista del capital mundial de dimensiones tan considerables que subvierte el orden establecido en interés de una minoría de propietarios, la globalización puede definirse en términos populares como una dictadura económica de 200 empresas transnacionales, concentradas en poco más de sietes países, y de dimensiones superiores a muchos Estados.

2. La globalización no es un estadio histórico distinto del que Lenin y Trotski llamaron imperialista, sino una subetapa, en la cual algunos rasgos permanentes del imperialismo se afirman con todavía más fuerza, y otros que estaban difuminados, reaparecen.

El imperialismo, fase superior del capitalismo (o fase histórica de descomposición del sistema capitalista y de transición revolucionaria hacia el socialismo) se caracteriza por la primacía del monopolio sobre la competencia, de la exportación de capitales sobre la de mercancías y del capital financiero sobre la producción. Estas tres tendencias características han seguido desarrollándose y acelerándose en los años de globalización.

Otras, como el final del reparto territorial del mundo y el inicio de un reparto entre grandes consorcios capitalistas, que habían sido fuertemente contrarrestadas por la independencia nacional de la inmensa mayoría de las antiguas colonias, de un lado, y por la expropiación de los capitalistas en un área equivalente a la tercera parte del planeta, han reaparecido con fuerza en el avasallamiento financiero de los países económicamente más débiles y en la utilización del crédito imperialista como arma política para recolonizar

las fuentes de materias primas (y restaurar el capitalismo que había sido expropiado o nacionalizado).

Las dos guerras mundiales (1914 y 1939, las revoluciones socialistas, la profunda crisis económica de entreguerras, y la liberación nacional de las colonias, habían introducido notables modificaciones en el régimen de explotación y equilibrios en el orden mundial, sin los cuales el capitalismo no hubiese podido sobrevivir a tales convulsiones, ni menos aún, recomenzar un nuevo ciclo de medio siglo de duración. La globalización destruye ese equilibrio, en interés de la fracción más poderosa del capital multinacional, y hace que reaparezcan las violentas contradicciones y desequilibrios que hacen del imperialismo una época "de crisis, guerras y revoluciones" (Lenin).

3. La globalización es un hecho decisivo a la hora de comprender la situación objetiva actual y sus perspectivas.
Sin entender la llamada globalización no es posible dar una interpretación materialista de los últimos acontecimientos políticos internacionales. La explicación de muchas décadas de la lucha de clases por el factor subjetivo (la traición de la vieja dirección) conduce a teorías idealistas y a políticas sectarias, que desarman a los partidarios de la revolución socialista. La traición de las grandes organizaciones obreras al socialismo revolucionario y la influencia del oportunismo, hechos ciertos y de por sí dramáticos, deben relacionarse con la evolución de las relaciones de fuerza entre las clases a lo largo de muchas décadas, de la cual son una parte importante, pero ni mucho menos la única ni la históricamente decisiva: "por supuesto, las leyes de la historia son más poderosas que los aparatos burocráticos" (Trotski).

Eso no niega ciertos momentos decisivos, en los cuales los movimientos revolucionarios y de masas entreabrieron la posibilidad de triunfos socialistas, y la conducta oportunista de los dirigentes reconocidos frustró la ocasión.

Una primera ocasión fue la postración de la clase capitalista en casi todos los países al final de la segunda guerra mundial, con la excepción del capitalismo estadounidense que salió de la carnicería con una cuota de dominio del mundo sin precedentes históricos. Pese a las tensiones de la llamada "guerra fría", el reparto de zonas de influencia acordado en Yalta fue capaz de contener la implicación directa de los EEUU en la reconstrucción del capitalismo europeo y la subordinación de las nuevas revoluciones a los intereses de la burocracia soviética.

En las décadas siguientes, hubo momentos de crisis agudas y oportunidades revolucionarias muy notables, por ejemplo, en la década de los setenta en Europa Occidental, en la de los ochenta en América Latina, a al filo de los noventa en Europa del este y la antigua URSS. En todos estos casos, la política oportunista de los mayores partidos de la clase trabajadora fue decisiva para frustrar las grandes esperanzas movilizadas. Pero este dato sólo muestra una faceta de la realidad. Otra faceta es que, bajo el empuje de grandes movimientos de masas, de potencialidades revolucionarias, el capitalismo todavía pudo modificarse, adaptarse a estas presiones, y sacar ventaja, incluso, para sus fracciones más agresivas.

En este sentido la globalización económica no es un hecho independiente de la lucha de clases, sino su dimensión económica. Es también una evolución económica que indica que la lucha de clases todavía no ha conducido al régimen imperialista a un callejón sin salida, a una crisis revolucionaria, sino que cada una de las crisis precedentes ha debilitado sobre todo a fuerzas intermedias del orden mundial, que han sido absorbidas o barridas por el gran capital imperialista.

El caso más característico es precisamente el de los países de economía planificada, que eran "Estados obreros burocráticamente deformados" (Trotski). Fue el pueblo, con la clase obrera en primera línea, quien se levantó contra la dictadura de la burocracia, y decidió la salida política en los momentos claves. Pero la acción "desde abajo"

hubiese sido insuficiente sin la presión, "desde arriba", de la globalización económica sobre los aparatos productivos cerrados, obsoletos y gestionados por una capa social conservadora y corrupta, que caracterizaban a estos Estados surgidos de la expropiación de los capitalistas. Y la caída de la dictadura burocrática, en el ambiente internacional de la globalización, no favoreció el renacer del marxismo revolucionario en Rusia y Europa oriental, sino precisamente la restauración de un capitalismo subordinado.

La evolución de lo que comenzó como revolución política antiburocrática hacia una progresiva restauración del capitalismo confirma que el factor predominante, en la situación mundial y en sus perspectivas, es todavía la globalización.

4. La transición de la dictadura franquista a la actual Monarquía constitucional resultó de la confluencia entre una traición política y un proceso económico de absorción del mercado español en la órbita del capital transnacional europeo.
La profundidad del movimiento obrero y democrático de masas, que, a la muerte de Franco, entró en escena bien templado en una larga lucha clandestina, justificaba la política de quienes denunciamos y combatimos los pactos de la transición, intentando abrir una vía de enlace entre el final del franquismo y la revolución socialista. El POR se reclama de esa política, sin negar por tanto la inmadurez de nuestros cuadros, de nuestra organización y de nuestras ideas estratégicas y tácticas para los fines que entonces nos dábamos.

Pero la traición de Carrillo, González y otros, a los objetivos de la república, la autodeterminación nacional y el socialismo, no hubiese bastado para encerrar la lucha dentro de los estrechos límites de la Constitución pactada en 1978. La tendencia objetiva que hoy conocemos como globalización resultó decisiva para neutralizar al movimiento obrero, domeñar la voluntad de sus cuadros y aislar a los elementos revolucionarios.

El mercado español fue absorbido por la Unión Europea en una posición subordinada, como proveedor de servicios turísticos y taller de montaje para la gran producción extranjera, desmantelando una parte decisiva de la industria nacional, privatizando el resto, y subvencionando el abandono de la agricultura, la ganadería, la pesca y la minería. La clase capitalista española, con las poquísimas excepciones de algunos grandes bancos y algunos antiguos monopolios, pasó a una situación de rentista, de intermediario del capital multinacional (en particular hacia el mercado latinoamericano) o de socio menor. Esta operación fue generosamente financiada en los años del "felipismo" por el gran capital de las potencias dominantes europeas, que espera rentabilizarla ahora con creces, al poner en marcha la Europa del Euro. Durante les años ochenta, los "fondos de compensación", la entrada de la gran producción europea, la inversión directa de capital extranjero, la potenciación del turismo, etc., en un país de niveles salariales y de protección social radicalmente inferiores a la media europea, ayudaron a los dirigentes oportunistas a apagar las llamas encendidas al final del franquismo y a desmovilizar cada vez más al movimiento obrero.

De este modo fue posible una paradoja sorprendente: de un movimiento obrero que había sabido luchar en situación de total ilegalidad, se pasó, en sólo veinticinco años, a un movimiento obrero que apenas tiene existencia independiente de las instituciones del Estado burgués (de sus subvenciones, de sus organismos burocráticos, de sus aparatos parlamentarios y municipales, de la atención de sus medios de comunicación).

5. La globalización ha dado transitoriamente la iniciativa a la clase burguesa, pero crea condiciones objetivas para mayores crisis del capitalismo y nuevos progresos del socialismo revolucionario.

La burguesía tiene hoy la iniciativa a escala internacional y en la mayoría de los países, gracias a los beneficios extraordinarios ("superbeneficios imperialistas", los llamaba Lenin), de dimensiones colosales, realizados por las mayores empresas transnacionales en el proceso de la globalización, en el cual han arrinconado, arruinado o absorbido

a las otras formas de producción, familiar, pequeña y mediana, gran empresa nacional, empresa pública o incluso empresa "socialista" de la economía planificada, y han abatido muchas de las conquistas que protegían a los trabajadores y a los países más débiles frente al monopolio mundial de los grandes capitales imperialistas.

Las consecuencias políticas revolucionarias que hubiese podido tener, hablando en general, esta agresiva política contra los derechos obreros, la independencia de los pueblos y las conquistas históricas del socialismo, han podido ser neutralizadas a través de la distribución selectiva de una parte reducida de esos superbeneficios de la globalización entre sectores minoritarios de la población, para comprar su complicidad o su neutralidad. En esta corrupción consiste "la iniciativa" o "la hegemonía" actual de la clase capitalista.

Aunque esta situación todavía puede prolongarse, no nos debe ocultar la tendencia que actúa en un sentido contrario sobre la base misma del sistema. La globalización, al agravar las contradicciones del sistema, debilitar a las fracciones intermedias, subvertir el orden establecido desde 1945, suprimir todos los artificios y colchonetas que el capitalismo reformista de la posguerra había dispuesto para atenuar y ralentizar los efectos de las crisis, bajo la presión del movimiento obrero, está haciendo mucho más inestable y quebradizo al sistema, cavando más honda su tumba. De la escalada de los superbeneficios imperialistas actuales, a costa de ahondar el foso entre los países y las clases, se puede concluir: Más dura será la caída.

No por ello hay que confundir las crisis momentáneas, que sólo indican cambios de ciclo del proceso productivo en su conjunto, con la crisis revolucionaria. La espera de una "crisis final", sobre todo una "crisis económica final" no tiene fundamento científico. Podemos sólo prever que, probablemente, las próximas crisis cíclicas, por su virulencia y su rapidez, multiplicadas a través de la globalización y de sus políticas "neoliberales", serán mucho más profundas y más cargadas de consecuencias políticas.

Una crisis revolucionaria mundial es otra cosa: hace falta una quiebra de la unidad de la clase capitalista, un enfrentamiento entre unos y otros grupos de capitalistas, en forma de guerras comerciales, choques políticos graves o hasta guerras, que liquiden el orden mundial y abran las brechas por las cuales el movimiento reivindicativo de las masas se transforme en movimiento revolucionario. Tiene que producirse también una caída profunda del nivel de vida del pueblo trabajador, tan profunda que evapore sus ilusiones y le empuje a actuar con energía y heroísmo. Lenin recalcó estas condiciones, insistiendo en la idea de que nunca basta "que los de abajo no quieran" seguir soportando las penalidades; hace falta también que "los de arriba no puedan" mantener su dominación con los recursos ordinarios (represión, mentiras, corrupción de líderes políticos y sindicales, limosnas y paños calientes, etc.).

6. El curso de los acontecimientos de las últimas décadas no cuestiona el marxismo, sino el conocimiento del marxismo por los revolucionarios.

El marxismo ha demostrado ser, de todas las escuelas de pensamiento, la que mejor explica la realidad social existente y la que más eficazmente orienta la acción consciente de los revolucionarios. El marxismo nos dice que la globalización, aunque ha dado transitoriamente a la burguesía la iniciativa, está desplegando contradicciones capaces de hundir el orden mundial y de engendrar movimientos revolucionarios a favor del socialismo, es decir, contradicciones que operan a favor de un orden social y mundial basado en la propiedad colectiva, la gestión democrática y el disfrute solidario de los principales medios de producción.

Quien ve la crisis actual de marxismo como incapacidad del marxismo para interpretar la realidad y fundamentar una militancia eficaz, es que confunde el marxismo con alguno de sus subproductos, vinculados al oportunismo o al sectarismo. En efecto, el "marxismo" de la escuela estalinista, que ya era, como el cristianismo del Vaticano, un dogma destinado a la santificación de una burocracia reaccio-

naria, no podía explicar de modo materialista la situación actual ni resistir las fanfarronadas ideológicas de los partidarios del sistema capitalista. Lo mismo puede decirse del "marxismo" de los socialdemócratas que se basaba en la convicción de una transformación gradual, a base de leyes, decretos y actos administrativos, del capitalismo "social" en socialismo.

La posición de los partidos "socialistas" y "comunistas", y más concretamente sus vínculos con la democracia burguesa y la burocracia soviética, no permitían un estudio y un desarrollo del marxismo vivo, pese a los indiscutibles esfuerzos que emprendieron muchísimos de sus cuadros y de sus intelectuales.

Nuestro caso, el de los trotsquistas es distinto. Partiendo de raíces más solventes, las de la resistencia de la vieja guardia comunista a la usurpación estalinista, adoleció de su posición marginal respecto a las grandes organizaciones de la clase obrera, una posición proclive a la sustitución del enfoque materialista por un idealismo revolucionario no del todo marxista.

Pero lo cierto es que el marxismo de la segunda mitad del siglo XX, bajo la influencia de la escuela estalinista que pretendía construir "el socialismo completo" en países aislados y por medios burocráticos, y con el sólo contrapeso de organizaciones trotsquistas poco enraizadas en la clase trabajadora, ha caído en el idealismo y no es raro que sus últimas manifestaciones sean la reducción del comunismo a "una utopía necesaria" y la teoría de que la única condición que falta para el triunfo del socialismo en el mundo es "una nueva dirección", es decir dos teorías profundamente idealistas, incompatibles con el estudio y el desarrollo del marxismo.

Por el contrario, el estudio materialista de la realidad actual y la asimilación del marxismo en relación con la actividad política práctica, es una tarea imprescindible para el desarrollo de un movimiento revolucionario socialista.

7. En la etapa actual, etapa transitoria, la lucha por reformas puede permitir al movimiento obrero preparar mejor el terreno para la revolución socialista y acumular fuerzas para llevarla a cabo en su momento.

Tomada en su conjunto (y por tanto sin excluir las excepciones), la situación no es revolucionaria: la conquista del poder por la clase obrera y la puesta en práctica de un programa de transformaciones revolucionarias socialistas no están todavía a la orden del día en los países decisivos por uno u otro concepto. Tampoco se trata, ni mucho menos, de una situación contrarrevolucionaria, ya que la fuerza de la clase trabajadora sigue intacta pese a los fracasos de sus direcciones políticas y los capitalistas siguen temiendo y evitando los grandes enfrentamientos. Al contrario, los partidos burgueses, llevan a cabo su política de recortes de derechos y conquistas de la clase obrera, y de saqueo de los países pobres, con obligada prudencia y acompañada de ciertas concesiones parciales, evitando en lo posible los choques que pudiesen suscitar la alarma y la reacción enérgica del movimiento obrero, pues en tal caso los actuales dirigentes conciliadores de las clases populares podrían ser derrocados y sustituidos por luchadores y partidos más revolucionarios.

Por descontado, el capitalismo no renuncia a la pura barbarie, y recurre inmediatamente a ella cuando sus intereses directos (el petróleo, en el caso del Golfo pérsico) o sus intereses estratégicos (el orden europeo, en el caso de los Balcanes) entran en juego. Pero los círculos dirigentes del capital financiero transnacional disponen todavía del margen de maniobra para seguir concentrando bajo su poder y sometiendo a su explotación todos los recursos de la humanidad por métodos "más prudentes", que implican pequeñas compensaciones a ciertos grupos de trabajadores y una corrupción sistemática de sus cimas dirigentes, a fin de dividir y desmovilizar al movimiento proletario internacional, y de desacreditar (como terrorismo, fundamentalismo, dogmatismo...) los movimientos revolucionarios.

Esta situación no es favorable a la lucha directa por el poder y por el socialismo, pero es favorable a la lucha por reformas. En la mayoría de

países, la población trabajadora siente sus derechos adquiridos cada vez más pisoteados, sus libertades conquistadas cada vez más vaciadas de contenido y su existencia como clase social puesta en cuestión por los efectos de todo tipo de la globalización del capitalismo, pero considera el pasado totalmente subvertido y relegado por las nuevas tendencias del sistema capitalista, mientras carece de una alternativa de conjunto y de fuerzas para llevarla a cabo. Está en cambio dispuesta a defender sus intereses y su posición en la sociedad a través de objetivos parciales en el terreno de sus rentas, de sus libertades individuales y colectivas, de sus derechos sociales, es decir de reformas.

El paso desde la situación actual a una más favorable a la revolución, desde el punto de vista objetivo y subjetivo, no puede darse por otra vía que el de estas reformas, el de la lucha de clases en torno a estos objetivos parciales. Por tanto, los revolucionarios han de participar en ella sin reservas.

Al hablar de reformas no se niegan las ocasiones revolucionarias que siguen presentándose constantemente, y muchas veces la lucha por reformas desemboca precisamente en crisis revolucionarias. Pero la situación mundial, en su conjunto desfavorable todavía a un giro hacia el socialismo, pesa sobre estas ocasiones y hace que los movimientos revolucionarios de los últimos años se muevan en el terreno de la democracia, de la independencia nacional, de las mejoras materiales de los explotados y de la lucha contra la corrupción de los explotadores, sin poner en cuestión el régimen de producción y el derecho de propiedad de la clase capitalista.

8. Los objetivos parciales más urgentes para la defensa y el fortalecimiento de la clase trabajadora son aquellos que fundamentan su unidad como clase, actuando sobre las condiciones económicas, sociales y políticas.

La mera defensa de las posiciones anteriormente conquistadas por la clase trabajadora, siendo necesaria, queda rebasada a cada paso por las nuevas condiciones objetivas engendradas por el proceso de

globalización. La existencia de los trabajadores como clase diferenciada de las otras clases, y unida entre sí por lazos de conciencia, de organización y de objetivos políticos, se ha basado en una serie de conquistas y derechos que hoy resisten muy mal frente a las nuevas tendencias del capitalismo, como son:

- el gran salto en la productividad del trabajo en los sectores punta, donde se concentra el capital, que crea paro y subempleo crónicos,
- la "deslocalización" de las empresas transnacionales, que pueden desplazar su producción en busca de "ventajas comparativas", agudizando la competencia entre trabajadores,
- la emigración económica en masa hacia los países y regiones del mundo donde se concentra la inversión del capital financiero, creando una categoría particular de "obreros extranjeros privados de derechos" (Lenin),
- la agudización de todos los conflictos nacionales por la globalización económica que, de un lado, rebasa los marcos nacionales, pero del otro lado, hace más intolerable la dependencia de muchos pueblos frente a un puñado de Estados,
- la incorporación casi total de la mujer a la producción, sin que la sociedad, por su carácter capitalista, esté en condiciones de sustituir en ningún terreno a la vieja familia.

La resistencia puramente defensiva a estas tendencias, por muy enérgica que sea, aún "numantina", acaba degenerando en política burocrática, que se aferra a los reglamentos del estado burgués, a sus instituciones, o pretende otros nuevos reglamentos, sin impedir que las condiciones materiales de la vida obrera cambien irremediablemente bajo el impacto de las tendencias económicas.

Las reivindicaciones, mejoras y reformas por las que deben luchar con más ahínco los trabajadores son las que tienden a restablecer la unidad de clase en estas nuevas condiciones materiales.

- la reducción general de la jornada laboral para compensar el aumento de la productividad, redistribuyendo mejor el trabajo (la semana laboral legal de 35 horas),

- la igualdad de derechos entre obreros nacionales y extranjeros (plena ciudadanía para todos), para evitar la escisión en dos clases obreras,
- la plenitud de derechos, de oportunidades y de compensaciones sociales para liberar a la mujer de la doble explotación: trabajo y hogar,
- la igualdad de derechos de todas las naciones, nacionalidades y minorías nacionales respecto al Estado, la autodeterminación nacional, como fundamento de la solidaridad de clase por encima de las diferencias de lengua, cultura, religión, origen, etc.

Estas reivindicaciones no tienen un carácter revolucionario ni socialista, sino democrático. Son compatibles con el sistema capitalista, y con sus actuales tendencias. Su valor consiste tan sólo en que pueden ayudar a los trabajadores a unirse estrechamente como una clase para defender todos sus intereses, y en este sentido facilitarán el desarrollo de la lucha de clases.

9. Frente a la globalización capitalista, la libertad nacional de los pequeños pueblos es uno de los más poderosos factores revolucionarios y de progreso.

En particular, la liberación nacional de multitud de naciones pequeñas y medianas actualmente aprisionadas en las fronteras de los Estados reconocidos por el orden mundial imperialista, y subordinados dentro de ellas a otras naciones dominantes, es un objetivo de primera importancia, pues esta revolución política, aunque en sí misma no dejaría de ser una reforma del capitalismo, podría acelerar considerablemente la maduración de condiciones internacionales para el avance hacia el socialismo.

No se están agudizando por casualidad los conflictos nacionales. Tampoco son el resultado de una moda ideológica reaccionaria ("fundamentalismos étnicos") ni, por supuesto, de una conspiración de servicios secretos. La conspiración comprobable, evidente, escandalosa,

es la de todas las grandes potencias imperialistas, por encima de sus intereses concretos divergentes, y de todos los gobiernos y partidos acomodados al orden capitalista, contra la independencia política de los pueblos que, como muchos otros en los años cincuenta y sesenta del siglo pasado, y otros mucho antes, en la segunda mitad del siglo XIX y en las primeras décadas del XX, aspiran a afirmar su soberanía nacional entre los demás pueblos del mundo, para asociarse, voluntariamente y en igualdad política con los demás asociados, en las comunidades económicas, estratégicas, culturales, etc.

La globalización se caracteriza porque...

- ...hay una asimilación de los mercados nacionales en unidades de dimensiones superiores, por subcontinentes o por afinidades históricas, culturales u otras,
- ...se debilitan, consiguiente, la mayoría de los Estados nacionales,
- ...los pueblos que, hace cien años, en una economía muy nacionalizada, con importantes barreras, eran pequeños o débiles para aspirar a una existencia independiente, tienen ahora la posibilidad de existir como partes de grandes federaciones continentales,
- ...incluso el desarrollo económico y cultural precedente (industrialización, alfabetización) ha potenciado la conciencia nacional oprimida de pueblos que cien años atrás no se consideraban a sí mismos naciones en el sentido moderno del término.

Estas tendencias explican la proliferación de nuevos movimientos de liberación nacional en todo el mundo (indígenas de América, nuevas naciones de Asia y África) y la virulencia que adquieren los viejos movimientos independentistas reprimidos o neutralizados en la segunda mitad del siglo XX, como los europeos orientales y occidentales.

Pero la globalización, que esencialmente es un proceso de concentración mundial del capital en manos de unos pocos grupos transnacionales radicados en poquísimos países, va acompañada de una política de subordinación de todos los pueblos del mundo a las "esferas de influencia" de esos pocos Estados, los más poderosos, a su vez divi-

didos en cuatro niveles: (1) los Estados Unidos, que reúnen el mayor poder económico con una hegemonía militar y política indiscutida en el actual orden mundial, (2) las otras potencias imperialistas aliadas suyas en la última guerra mundial, Inglaterra y Francia, (3) la segunda y la tercera potencias industriales del mundo, Alemania y Japón, que, derrotadas en la guerra, son tenidas a raya por los vencedores, y (4) Rusia y China, a las que los anteriores reconocen intereses estratégicos y zonas de influencia, a cambio de su progresiva integración al mercado capitalista mundial.

Los demás pueblos de la tierra deben someterse a los acuerdos, repartos y disputas entre las citadas fuerzas, ninguna de las cuales tiene interés alguno en un orden mundial basado en la autodeterminación nacional, la igualdad de derechos entre todos los pueblos, y la asociación libre y voluntaria entre ellos.

La tentativa de sostener las fronteras de 1950 es, no sólo una política reaccionaria, una estrecha defensa de un orden mundial injusto para la mayoría de los pueblos que habitan la tierra y cuya adscripción nacional es más o menos forzosa, y su situación nacional más o menos tolerable; también es una política imposible: las consecuencias de la globalización sobre el orden mundial ya han sido muy convulsivas, y aún lo serán más.

Las opciones reales son: o hacia un orden basado en la irrupción de numerosas nuevas naciones, cuya existencia independiente condicionará la política de las grandes potencias, introduciendo un factor de democratización y de progreso general; o hacia un orden basado en los equilibrios entre bloques de grandes potencias, con los países pequeños como vasallos, sin freno a las políticas cada vez más agresivas del capital transnacional.

La política heredada del estalinismo concebía el internacionalismo como un alineamiento del movimiento obrero tras los intereses de la diplomacia soviética, los cuales, no pocas veces, resultaban precisa-

mente opuestos a los del movimiento revolucionario. Pero, tras el hundimiento del régimen soviético, muchos de los partidos vinculados a la política internacional del Kremlin, se han alineado con los intereses de la burguesía imperialista europea.

Los movimientos obreros y revolucionarios de todo el mundo saben que la política del gobierno de los Estados Unidos es la expresión más acabada del interés reaccionario del imperialismo que somete a la humanidad. Pero, entre los adversarios de la hegemonía norteamericana no hay sólo partidarios de la emancipación de los trabajadores y de los pueblos, sino también partidarios del imperialismo de "nuestras propias burguesías". El interés del capitalismo español en América Latina o África del Norte, el interés de la Unión Europea en Europa del Este, el de Francia en África, el interés de Rusia en el Cáucaso, los Balcanes o Afganistán, no son, ni siquiera frente al imperialismo norteamericano, causas justas, sino otras causas imperialistas a las que de ninguna manera debe asociarse el movimiento obrero, y menos aún sacrificar a ellas la lucha de liberación nacional, por ejemplo, de los chechenos, de los albaneses o de los saharauis.

Los marxistas revolucionarios no aconsejan a la clase trabajadora compartir la política internacional de "su" burguesía imperialista (española o europea), sino ayudar a todos los pueblos de la tierra que aspiran a liberarse de todas las otras naciones, a conseguir su independencia.

10. El apoyo de los revolucionarios a las reformas no es absoluto, sino relativo. Nuestra actitud hacia cada reforma está dictada por el objetivo superior de contribuir con ella a preparar la revolución.

Apoyamos las reformas para mejor preparar la revolución, es decir, la intervención enérgica y radical de las masas sobre los cimientos mismos de la sociedad existente, para removerlos, despojando a la clase dirigente de su poder político y económico, utilizando en ello toda la fuerza y todo el poder que sea capaz de ejercer la mayoría trabajadora. Los

revolucionarios no creemos en la vía reformista, que espera transformar el sistema actual, capitalista, en otro superior, más justo y progresivo, a base de transformaciones graduales y pacíficas, de "reformas", sin revolución. La historia nos enseña que las revoluciones aceleran y concentran el progreso que, por la vía lenta, consumiría la vida de varias generaciones, por lo que las revoluciones valen, para el pueblo, por décadas o por siglos de reformas. Son las "locomotoras de la historia" (Marx).

Por esta causa, nuestra actitud hacia las reformas está condicionada por el papel que pueden desempeñar en concreto...

- en la mejor organización del movimiento obrero,
- en un sentimiento más extendido entre la clase trabajadora de su propia fuerza frente al capitalismo,
- en su autoridad delante de todo tipo de gentes del pueblo: estudiantes, intelectuales, pequeños empresarios,
- en la desorganización del poder de los burgueses y el aumento del desconcierto en sus filas,
- en el despeje de toda clase de trabas para una lucha socialista más franca y abierta, como son los rencores nacionales, las divisiones entre distintos grupos de trabajadores, las relaciones económicas precapitalistas,
- en la prefiguración de la futura sociedad socialista que los trabajadores podrían organizar si asumiesen todo el poder...

Toda reforma auténtica tiene dos caras: una cara mira hacia la mejora de la situación de los trabajadores, y les puede hacer más fuertes, y otra mira hacia su reconciliación con el sistema que les explota, y les puede hacer más débiles (Lenin). Nuestra participación en la lucha por reformas no es incondicional. Examinamos cada propuesta de reforma en concreto:

a) cuando responden a exigencias auténticas de la gente común, más que a astucias de los defensores del actual régimen social y político, las apoyamos con entusiasmo, y valoramos más lo que pueden aportar en orgullo, organización e independencia al movimiento obrero que los riesgos de adormecimiento o de corrupción;

b) pero cuando las reformas nacen de arriba, de la clase dirigente y de sus amigos dentro del movimiento obrero, con el fin de neutralizar una exigencia enérgica y burlar una necesidad con paños calientes, limosnas, etc., ponemos por delante nuestra denuncia de la trampa, y no vemos tarea más importante que la de sembrar la desconfianza en amplios sectores populares.

De este modo podemos contribuir a que, en una etapa transitoria como la actual, desfavorable para el socialismo revolucionario, pero llena de contradicciones y con posibilidades de arrancar algunas victorias parciales, maduren las condiciones objetivas y subjetivas para la revolución.

11. En la etapa actual, la alianza de los revolucionarios y de los reformistas es posible dentro de ciertos límites y condiciones. Clasificar al movimiento obrero, e incluso a los partidos democráticos, en revolucionarios y contrarrevolucionarios es, en general, muy poco marxista, pero en una etapa como la actual, es locura. Sólo en ciertos momentos extremos de la lucha de clases, ésta separa, a filo de cuchillo, a las clases sociales y a sus agrupamientos políticos. Entre las dos clases decisivas y entre las opciones históricas más duras hay siempre una gama extensa y oscilante de posiciones intermedias. Si los revolucionarios marxistas no saben ver o no quieren aprovechar esta circunstancia para el progreso del movimiento obrero, del partido revolucionario y de las ideas del marxismo, nunca dejarán de ocupar una posición marginal que les incapacita para sacar partido incluso en los momentos críticos.

En los grandes partidos y sindicatos obreros domina hoy el oportunismo, nutrido por la situación confortable que el capital financiero transnacional puede todavía asegurar a una capa superior de los trabajadores y de los intelectuales, una capa no pequeña en el caso de los países más ricos. Pero en todas las organizaciones de base obrera y en muchas de carácter democrático, hay tendencias variadas. Sin

duda que los revolucionarios constituyen hoy una minoría muy reducida. Por desgracia, son muchos más los social-liberales, es decir, los partidarios de colaborar con el gran capital imperialista en todas sus tropelías, a cambio de un mínimo de concesiones, apenas más que las justas para salvar la paz social. Pero la gran mayoría son reformistas sinceros, es decir partidarios de salvar y extender los derechos sociales amenazados, partidarios de actuar para conseguirlo en los límites del capitalismo. Si no van más allá de estos límites, es por un cúmulo de razones: su valoración de la relación de fuerzas en este tramo de la historia de la humanidad, sus ilusiones en la humanidad de las clases dirigentes, antiguas decepciones políticas, desorientación, etc. El interés personal no es, ni con mucho, la razón más frecuente.

La alianza de los revolucionarios con este reformismo y con las fuerzas y grupos políticos que lo representan en un momento dado, es una posibilidad concreta por la que apostamos.

Lo que hoy se llama, en muchos países, "izquierda transformadora" es precisamente una mezcla de elementos, grupos, ideas, etc., reformistas y revolucionarios. Expresa en término políticos la clave de estos tiempos que es triple:

- la necesidad de que los revolucionarios luchen activamente por reformas,
- la realidad de un espacio para un reformismo honesto y de base obrera,
- y la confusión de ideas reformistas y revolucionarias después de tremendos fracasos y traiciones de las más antiguas e influyentes direcciones de la clase trabajadora (la vieja socialdemocracia y el comunismo burocrático soviético).

Hace tiempo que observamos que, en todo el mundo, en formas por supuesto muy variadas y adaptadas a la realidad de cada país, los revolucionarios más consecuentes, más capaces y mejor ligados al pueblo, promueven o mantienen algún tipo de alianza con el reformismo, sin ningún miedo a esa intercomunicación o mezcla que puede ser una

“izquierda transformadora”. Hemos observado que, al contrario, esa experiencia enriquece a los revolucionarios y puede contribuir muy decisivamente a conformar una fuerza revolucionaria marxista, digna de ese nombre, en una etapa ulterior.

La condición más importante de esa alianza, por supuesto, es que no se diluya en ella ni desaparezca la actividad específica de los revolucionarios.

Pero, además, se trata de una alianza dentro de ciertos límites. Concretamente, esa alianza será estrechísima cuando los objetivos y las tendencias de tipo reformista expresan necesidades auténticas del pueblo trabajador y no incluyan más compromisos que los que realmente se desprenden de la relación de fuerzas. Pero los reformistas muchas veces, para llevar adelante su política, se niegan a apoyar, denuncian o incluso intentan aislar, a ciertos sectores más radicalizados, más audaces o más desesperados del pueblo, por temor a la reacción de los partidos de orden y de las gentes de orden con las cuales el reformismo obliga a convivir y aún a congeniar.

Cuando el reformismo niega su apoyo, denuncia o intenta aislar a los sectores más audaces, más desesperados o desorganizados del pueblo, para no enemistarse con la clase dirigente o con la llamada opinión pública, no hay ni puede haber alianza en ese punto con el reformismo: puede haber

- una división del trabajo dentro de la alianza, en el mejor de los casos,
- o un conflicto político dentro de la alianza, en el peor de los casos.

Con tales límites y condiciones, conviene que los marxistas asumamos lealmente una responsabilidad en el impulso a las alianzas, movimientos, coaliciones, de lo que ha venido a llamarse “izquierda transformadora”. No se trata, por tanto, de un “entrismo” para agitar dentro de organizaciones más amplias, ganar una fracción y romper con beneficios. Se trata de contribuir a levantar movimientos amplios y capaces de realizar en su interior la unidad de acción y la pluralidad estratégica

que pueden hacer avanzar, en las condiciones dadas, la lucha de los trabajadores y del pueblo, y de abrir, en su interior, espacio real para todas las corrientes implicadas y, por tanto, para nuestro partido marxista revolucionario.

12. Los movimientos llamados "alternativos" responden, por lo general, a una estrategia reformista llevada a cabo por métodos radicales, y canalizan hoy el caudal mayor de jóvenes luchadores que se acercan al movimiento revolucionario.

La atención hacia la conducta política de la juventud es una característica de los partidos revolucionarios. El marxismo nos enseña a no oponer la juventud a la veteranía, en el partido, pero la historia nos enseña que los partidos más revolucionarios que ha producido la humanidad (jacobinos, bolcheviques, espartaquistas, poumistas, castristas...) se han caracterizado por la notable juventud de sus cuadros. Una corriente política que no atrae a la juventud, carece de futuro, por lo menos en una generación. No importa cuántos votos reúna, o cuántos afiliados conserve; si la parte más dinámica, más inquieta, de la juventud trabajadora y estudiantil mira hacia otro lado, es porque ese partido o corriente es quien está mirando todavía al pasado, no entiende el presente y tiene el futuro ya hipotecado.

Pero es un hecho manifiesto que el sector más decidido de la juventud se interesa poco por los partidos obreros. Por ejemplo, en el Estado español sólo una formación política atrae y organiza hoy a sectores significativos de la juventud obrera y popular, y es Herri Batasuna. Es así porque la juventud intuye que la lucha "por el poder" no rebasa ni puede rebasar hoy (por regla general, claro está) el horizonte de la sociedad capitalista ni de los recambios dentro del poder burgués. Intuye que la fuerza del pueblo trabajador reside ahora en la red de sus organizaciones de todo tipo, en su capacidad para hacer de ellas un poder civil alternativo, y que esto sólo es posible con mucha audacia en el pensamiento y en la acción, con mucha democracia en las formas de trabajo y un espíritu muy abierto a aprender de las experiencias más notables del mundo entero, por lejanas que sean.

El marxismo revolucionario debe participar en esta actividad de la juventud, con firmeza y paciencia.

Los marxistas no idealizamos estos movimientos "alternativos". Sus métodos muy radicales expresan una disposición revolucionaria del espíritu, pero una concepción reformista del cambio social, muy lejos de la política revolucionaria consecuente para la cual son hechos probados el papel central de la clase obrera, la necesidad imperiosa de organización y la necesidad de una estrategia y de una táctica para lograr el éxito frente a la poderosa clase capitalista. Los métodos radicales de los movimientos llamados alternativos expresan precisamente desconfianza y desinterés por la conciencia de los trabajadores, subestimación de la organización, desconocimiento del poder real de la clase capitalista y abandono del terreno de la acción política; y, por el contrario, exceso de confianza en los gestos emotivos, "impactantes" o de interés "mediático", ilusiones en las posibilidades de cambiar el mundo sin cambiar el régimen de propiedad actual, y una reivindicación del individuo, de lo espontáneo, de lo inorganizado...

Por tanto, los marxistas debemos potenciar el espíritu revolucionario que anima a esta juventud, y simpatizamos claramente con la crítica que encierran al oportunismo y el conservadurismo reinantes en el movimiento obrero y la izquierda política. Al mismo tiempo, debemos someter los métodos y los objetivos "alternativos" a una crítica amistosa y paciente, ayudando al sector de esta juventud a tomar conciencia de que tales métodos y objetivos responden también a prejuicios contra la revolución socialista y la clase social capaz de llevarla a cabo.

13. La deformación oportunista del movimiento obrero ha desembocado hoy en una etapa episódica de interclasismo, que tendremos que recorrer, hasta cierto punto, para que desemboque en una mayor independencia de la clase trabajadora.
No debe desorientarnos el carácter marcadamente interclasista de muchas de las nuevas tendencias y movimientos más progresivos,

incluso de los más revolucionarios. Los objetivos más movilizadores para la joven generación (una democracia consecuente, la independencia nacional, una sociedad más igualitaria, un mundo más solidario...) no tienen un carácter de clase; de otro lado, la clase trabajadora y sus organizaciones más influyentes reducen sus objetivos de movilización al marco de la sociedad de clases, y más concretamente, a la mejor distribución de rentas con las clases explotadoras. Ambos fenómenos característicos de las últimas décadas, y de los más importantes movimientos que se han producido en ellas, son las dos caras de una misma moneda: la larga y profunda deformación oportunista del movimiento obrero, cuyas raíces económicas y políticas hemos analizado en anteriores tesis.

Para salir de esta situación, los trabajadores más conscientes están obligados a pasar per un episodio de participación en políticas y movimientos interclasistas, luchando dentro de ellos para delimitar de manera progresiva, no artificial, el interés de clase del proletariado y agrupar los elementos constituyentes de su partido revolucionario.

En esta etapa, una preocupación única por la independencia de clase de los trabajadores puede, en los hechos, convertirse en obrerismo apolítico o, lo que es peor, en un sectarismo totalmente marginal a los trabajadores de carne y hueso. La clase trabajadora no puede reconquistar la independencia de programa y de partido por medio de una autolimitación sectaria de sus alianzas y de sus actividades de todo tipo. Al contrario, la clase trabajadora ha conquistado siempre su independencia como consecuencia de su papel dirigente de toda la sociedad, es decir afirmándose progresivamente dentro de movimientos, acciones, alianzas y hasta organizaciones de un carácter interclasista, pero que han sido modificadas y finalmente dirigidas por la parte más consciente y organizada de los obreros y de los marxistas.

Esta conclusión debe regir nuestra conducta actual. Transformar los movimientos políticos donde estamos integrados (como Iz-

quierda Unida, que es una coalición plural), o intentar que los movimientos juveniles alternativos en los que participamos tengan un carácter obrero, un programa socialista, un ideario marxista, es un grave error, que sólo permitiría alcanzar caricaturas estrechas y patéticas del proletariado, del socialismo y del marxismo. De estos movimientos, sean de izquierdas, sean alternativos, nos interesa su pluralidad y su extensión en el marco de una lucha contra la política actual de la clase capitalista, pero no su delimitación. Nos interesa, eso sí, que paralelamente al desarrollo en amplitud de estos movimientos, ahora el más importante, se produzca dentro de ellos un reagrupamiento de elementos revolucionarios y marxistas más consecuentes.

El interclasismo es también la característica principal del movimiento contra la globalización que, sobre todo después del Foro Social Mundial de Porto Alegre, se ha convertido en la referencia internacional de los nuevos agrupamientos de la clase obrera y de la juventud, y que actúa como un propulsor de las corrientes llamadas alternativas. La razón consiste en la variedad de intereses de clase distintos, pero igualmente lesionados por la concentración extrema de capital financiero transnacional y las políticas neo-liberales que caracterizan la globalización.

Es normal que todas las clases sociales perjudicadas por la globalización, y sus variados portavoces políticos e ideológicos, graviten sobre el movimiento anti-globalización, más allá de su carácter revolucionario, progresivo, conservador o, incluso, relativamente reaccionario. En esta fase de balbuceos del movimiento contra la globalización, todas estas fuerzas intentan influir en sus postulados, en sus proyectos, en sus acciones y en su organización.

Lo importante es que, por el peso de los trabajadores y de las tendencias revolucionarias en todo tipo de resistencia o de protesta contra el capital imperialista, la resultante de intereses tan distintos es claramente progresiva.

Somos partidarios, por tanto, de luchar por el internacionalismo proletario, por la revolución socialista, por la renovación del marxismo y del movimiento obrero, en el marco de este frente internacional contra la globalización (aunque su carácter no es obrero, sino interclasista; no es socialista, sino democrático radical; no es marxista, sino humanista; no es revolucionario, sino "transformador", es decir, de combinación de reformistas y revolucionarios). Claro está que, para los trotsquistas, este Foro, no es el partido internacional por el que luchamos, sino un importante episodio en su camino. Eso sí: un episodio al que hemos contribuido con entusiasmo y lo seguiremos haciendo.

14. El destino de la Cuarta Internacional está en juego, en su capacidad para encabezar el rearme de la clase trabajadora para esta etapa en la que hemos entrado.

Ninguna tendencia política, ni la más revolucionaria que pueda imaginarse, tiene garantizado un papel histórico fuera de su desarrollo concreto en relación con las tareas inmediatas de la clase trabajadora. El trotsquismo, no surgió con la pretensión de crear ninguna escuela ideológica nueva ni particular, sino de mantener viva la tradición del bolchevismo en la medianoche del siglo, dominada por las estrellas ascendentes de Hitler y Stalin, y de transmitir esa tradición revolucionaria a los combatientes de las nuevas revoluciones obreras que tenían que abrirse paso entre las cenizas dejadas por esos dos astros y sus muchos cómplices.

La Cuarta internacional logró sobrevivir a toda clase de persecuciones, pero su vida fue relativamente marginal a los grandes movimientos obreros y lo pagó con numerosas crisis y escisiones, que permanentemente frenaron su desarrollo. No obstante, conforme la bancarrota política del estalinismo fue haciéndose patente, el trotsquismo ganó terreno palmo a palmo. Después del hundimiento de la URSS y del paso de la burocracia "soviética" y de una parte muy sustancial del aparato internacional de los partidos comunistas de su órbita y de la

Pekín al bando de los capitalistas o de sus aliados socialdemócratas, el trotsquismo quedó como la corriente política que más podía aportar a la renovación del movimiento revolucionario socialista.

Sin embargo, la prolongación de sus divisiones más allá de las condiciones concretas que las engendraron está poniendo en cuestión la capacidad del "movimiento trotsquista" de desempeñar un papel decisivo en el futuro. Sus fuerzas militantes, que han crecido en muchos países, ganando posiciones y autoridad, siguen lastradas por la dispersión y las rivalidades, cuando haría falta sobre todo un proceso de reconstrucción de su unidad sobre bases sólidas.

No hay que creer que este lastre tiene un fondo psicológico, aunque la psicología es siempre más importante en los pequeños grupos de revolucionarios que en las grandes organizaciones obreras. El fondo lo constituyen deformaciones sectarias e idealistas del marxismo, herencia obligada de decenas de años de lucha en los que pocas veces los trotsquistas pudimos llegar a ser más que la crítica de izquierdas que combatía la influencia del estalinismo sobre el movimiento obrero. El sectarismo y el idealismo representan la huella histórica que el estalinismo ha impreso sobre sus adversarios revolucionarios.

El POR, que para ello participó en la fundación de la Unidad Internacional de los Trabajadores, considera que la unidad de los trotsquistas, y más en general de los marxistas revolucionarios de distintos orígenes, en formas correspondientes al grado de cohesión política alcanzado (mesas, alianzas, federaciones, unificaciones...), es una dimensión obligada y clave de la construcción de un nuevo partido obrero revolucionario y de la internacional. Hoy su efecto sobre las nuevas corrientes de vanguardia, en plena búsqueda, y sobre sectores y cuadros desorientados de los viejos partidos sería considerable. La unidad de los trotsquistas, en una forma apropiada y realista, dinamizaría el reagrupamiento de fuerzas mucho más amplias de los trabajadores de vanguardia. Las divergencias que separan hoy a las distintas tendencias trotsquistas, insolubles a través de polémicas públicas y conflictos

entre grupos, podrían superarse en un marco realista de trabajo y de debate en común, sobre todo por las fuerzas nuevas, de otro origen, que harían su propia aportación a la unidad del marxismo revolucionario, ajenas a las querellas fraccionales.

El XV Congreso del POR será un paso más en favor de la unidad de los trotsquistas, al contribuir a buscar las formas más realistas que la hagan posible.

Arturo Van den Eynde (Santander 1945 -Barcelona 2003) también conocido como *Aníbal Ramos*, dedicó su vida a la lucha contra el franquismo y contra el capitalismo, para ayudar a las clases trabajadoras a su liberación, como militante de la IV Internacional y fundador del POR (Partido Obrero Revolucionario) y de EUiA.
Esta selección de sus textos se muestra como una valiosa herramienta de reflexión para encarar las grandes luchas que ya se anuncian.

"Queremos contribuir a renovar el marxismo, empezando desde abajo, es decir, contrastando las herramientas "tradicionales" del marxismo revolucionario, que nos siguen pareciendo el primer punto de apoyo, con las tareas políticas más nuevas. (...) Del marxismo nos interesa rescatar y desarrollar su parte viva, aquella que se ve proyectada por el curso actual de la lucha de clases, cuyas dos grandes referencias son la globalización capitalista y la bancarrota soviética"

Socialismo sin Fronteras
Fundación